

Mira las cosas con demasiada imaginación. La guerra terminó ya y este enredo se arreglará como se arreglaron los otros. Siempre hubo enredos así. Siempre hubo guerras, y al fin y al cabo todo volvió a marchar. No se ponga nervioso. Preocupémonos ante todo de nuestros asuntos domésticos. No nos metamos demasiado en nuevos barullos financieros de otros países...

“Pero hay que tener en cuenta que un estómago hambriento no suele tener la misma flema que los economistas para ponerse a combinar soluciones. Cuando un hombre se ve amenazado con la muerte por hambre, todos sus instintos lo empujan a las medidas desesperadas. Y si al menos se tratara de un solo país... Pero es que se trata de todo el continente europeo. Las impreseindibles interreacciones de unas industrias sobre las otras, están interrumpidas y el equilibrio no llegará jamás si no componemos de una vez toda la maquinaria.

“Juntamente con el cumplimiento de este deber, creo que podemos recrearnos con la visión de una de las más espléndidas oportunidades que ha tenido jamás pueblo alguno de la tierra. Si hasta creo que debemos considerarnos como mimados de los dioses. Ninguna nación estuvo colocada como nosotros, si es que la civilización no se interrumpe al otro lado del mar. Somos el reservorio del capital del mundo, y también el reservorio de las materias primas. Hubo naciones que eran los reservorios financieros, pero no eran al mismo tiempo los reservorios de materias primas. Nuestro porvenir, por consiguiente, es inmenso, siempre que el Viejo Mundo avance y no retroceda... Y no se olvide que puede retroceder. Posible, muy posible es que no pueda ir adelante, pero a nosotros nos corresponde ponerle el hombro resueltamente a la tarea de hacerlo andar.”

Vanderlip excomulgado

Es un poco triste el epílogo que ha tenido este discurso. La gratitud de los grandes señores sus colegas por el oportuno mensaje que les traía de Europa Vanderlip, no tardó en revelárenos cumplidamente, «renunciándosele» sin contemplaciones del alto puesto que ocupaba. Y lo más curioso es el comentario que de sus palabras hace un periódico de New York, el «Town Topics», representante del gran capital. “Amque

sus puntos de vista”—dice el articulista— “suelen ofrecer materia para reflexionar y fueron por lo general correctos, pecaron casi invariablemente de inoportunos... Estamos casi enteramente de acuerdo con él en todo cuanto nos dijo relativo a la situación económica de Europa. Muchos de entre los más grandes magnates de Wall Street son en el fondo todavía más pesimistas que él. Pero fué una gran imprudencia de su parte el proclamar públicamente lo sombrío de la situación económica y el aspecto amenazante del horizonte. Fué casi un crimen, desde el punto de vista de los negocios.”

¡Qué terribles ingenuidades suelen tener los hombres de negocios! Decir en letras de molde y en los días que corren “que es un crimen proclamar ciertas verdades, desde el punto de vista de los negocios”. Pasmosa confesión. Verdad escondida, soterrada, cuando no falscada... ¿qué es esto sino hacer profesión de engaño sistemático al gran público? Mentira directa o mentira indirecta servida al gran público días tras día para mantenerle ciego ante la realidad. Y como ellos son los que manejan los grandes diarios, los grandes hilos de comunicación y los grandes cónelaves... no hay que decir hasta qué punto viviremos a ciegas los simples mortales de lo que está pasando. Pero eso no es crimen, ni siquiera pecado. El pecado está en hablar, en permitir que se enteren las gentes menudas, precisamente aquellos a quienes las malas situaciones alcanzan antes y mejor. Amigo Vanderlip: si la plutoeracia tuviera para las grandes realidades el ojo con que mira y domina en las pequeñas y medianas realidades... ya no habría plutoeracia. El albatros no tiene la fuerza de acumulación de la hormiga. Lo uno excluye lo otro...

Noble actitud del General Smuts

La figura de Smuts se destaca hoy con un relieve que le pone ante los ojos del mundo como hombre de indomable espíritu y de hondas convicciones. Este general, que tomó parte principal en la heroica lucha boer contra el gobierno inglés y a quien este gobierno, dando pruebas de admirable sentido político, colocó luego en el puesto más alto de la administración surafricana, no sólo fué de los primeros que se pusieron resueltamente del lado de Wilson cuando todavía los catorce puntos del presidente conservaban su blancura virginal, sino que fué quien concibió y redactó las bases primeras para el plan general de la Liga de

Naciones, antes de haber pasado este plan por el torniquete de los diplomáticos de la edad de piedra. Pues bien, ahora resulta que el general Smuts es el primero en desautorizar expresa y solemnemente el Tratado y la Liga, ya que en el acto mismo de poner su firma en dichos documentos formuló tales reservas que, por virtud de ellas, hoy día toda la autoridad moral de este hombre silencioso, pero bueno e inteligente, viene a caer del lado de los inconformes.

He aquí parte de las honradas cosas que dijo Smuts:

“Yo he firmado el Tratado, no porque lo considere un documento satisfactorio, sino porque es imperativamente necesario terminar con la guerra, ya que el mundo necesita la paz por encima de todo lo demás. Nada podría ser más fatal que la continuación de este estado de suspensión entre la guerra y la paz. Seis meses después del armisticio, la situación se presenta quizás tan revuelta y ruinoso para Europa como en los cuatro años de la guerra. Yo no digo esto en son de crítica por lo hecho, sino más bien porque me parece que en el Tratado no hemos alcanzado todavía la verdadera paz que nuestros pueblos están esperando y porque creo que la verdadera labor de hacer la paz no ha de comenzar hasta después que el tratado se firme.

“Nosotros prometimos una nueva vida y la victoria de los grandes ideales humanos por los cuales los pueblos dieron su sangre y sacrificaron su bienestar. Ni una indicación del cumplimiento de estas aspiraciones hacia un nuevo orden internacional, y un mundo mejor y más justo ha sido escrita en este Tratado, ni será escrita en ningún Tratado.

“Se consignan en este documento castigos por hechos sobre la mayor parte de los cuales un mundo más sereno quizás prefiera todavía pasar la esponja del olvido.”

El proceso del Kaiser

La muestra más palmaria de la deficiente visualidad de los viejos diplomáticos que derrotaron en Versalles el bello programa de Wilson, la tenemos en el paso de sainete de su decreto relativo al proceso del ex-Kaiser. Después que casi todas las grandes mentalidades de la época habían mostrado su aversión a todo cuanto significara la menor tendencia a convertir al caído Emperador en mártir, dándole así a esta tra-

gedia espantosa de la guerra universal el innoble carácter de un dramón de cine, con la inevitable lluvia de mojicones y prisión para el traidor al final, el sanedrín anunció a los cuatro vientos su propósito de encausar al ex-Kaiser, y se ha dado el insólito caso de que, tan pronto se conoció esta resolución, la misma prensa inglesa fuera la primera en protestar enérgicamente de la insigne majadería. Y no sólo protestaron los periódicos liberales, cansados ya del infecundo teje maneje de los viejos sautes, sino que hasta la misma prensa conservadora tuvo esta vez que quebrantar su consigna de inexorabilidad con el enemigo para gritar ella también el «basta ya de mojigangas curialescas» que es posible ponga término al insostenible revoloteo de los moscardones del leguleyismo internacional.

Será siempre honroso para los delegados americanos en las Conferencias el haberse opuesto a la idea del proceso, por creer, dijeron, «que con la derrota de Alemania, el desastre sufrido por el país y la dolorosa serie de reveses que condujeron al ex-Emperador a la abdicación y al destierro, quedaba éste suficientemente castigado». Aunque estas fuertes y nobles razones invocadas por Wilson y sus compañeros naufraguen en el revuelto mar de egoísmos y rencores de los espíritus mediocres, será siempre un consuelo el pensar que hubo siquiera una voz que luchó por evitarnos este grosero espectáculo de persecución tan deprimente para la dignidad humana.

Liberalismo de algunas autoridades eclesiásticas

Algunos de los más cultos representantes de la Iglesia se están pronunciando ahora en los Estados Unidos contra recientes tentativas de algunos elementos reaccionarios para suprimir mediante la violencia el movimiento de las ideas y para lanzar la suspicacia y el odio del pueblo contra todo el que profese ideas radicales de cualquier género. Diez sacerdotes bien conocidos, los señores George Alexander, Charles R. Brown, Henry E. Cobb, Henry S. Coffin, Harry E. Fosdick, William P. Merrill, Frank Mason North, Howard C. Robbins, William Austin Smith y Ralph W. Stockman, han suscrito recientemente una declaración, de la cual nos complacemos en reproducir las siguientes admoniciones:

“Que todos los hombres y mujeres de buena voluntad se empeñen en encausar

la opinión pública por todos los medios a su alcance contra medidas violentas puestas en ejecución por cualquiera que sea.

“Que se propongan velar para que en los tribunales se oiga y se juzgue con ecuanimidad a todos los hombres, sin tener en cuenta su opinión política o económica, para que pueda con verdad decirse que en América no se prejuzga la causa de ningún hombre—bien se trate de un miembro de la I. W. W. (industrial workers of the world—obreros industriales del mundo) o de un bolshevista, o bien del conservador más reaccionario—dejándose llevar de pasiones populares; y en especial que se empeñen en destruir los dictados del odio cuyos efectos en la generación que se levanta no pueden ser otros que la acumulación de futuros desastres para la humanidad.

“Puesto que según opinión del «Attorney General» de los Estados Unidos las leyes actuales contra el terrorismo criminal son adecuadas, y puesto que la discusión libérrima es esencial para la destrucción de errores económicos y políticos, que se abandone todo empeño de coaccionar la opinión de las minorías siempre que no promuevan desórdenes y se evite que por medio de leyes represivas se trate de impedir la evolución social.”

Estos consejos al público han de tener mucha influencia en la opinión del pueblo americano, no sólo por el nombre de los que firman, sino por el buen sentido, para no hablar de su espíritu cristiano, del documento mismo. Y ahora, como muestra del mucho camino que tiene que andar una verdad hoy día para llegar a la prensa grande de la plutocracia, tenemos sólo que atenernos a los grandes títulos con que el «New York Times» encabezó las anteriores declaraciones: «Urge Proceder a Impedir el Régimen Rojo.—Diez Sacerdotes Prominentes Lanzan Manifiesto para Acabar con el Bolshevismo.»

Méjico progresa....

Favorable opinión expresada por un americano de nota

En el gran diario americano «The Christian Science Monitor» encontramos, en su número de Julio 10., un artículo en que se le hace justicia a la república mejicana y se aboga por una política de franca amistad

entre ella y Estados Unidos. En el artículo a que nos referimos, se relata una entrevista de un representante de dicho diario con un americano distinguido que hace tiempo estudia los asuntos mejicanos en relación con los Estados Unidos y que acaba de girar una visita a los puntos más importantes de la simpática república azteca. Este americano se llama John R. Phillips, quien manifestó al corresponsal que estuvo recientemente recorriendo el territorio de Méjico y llegó hasta 700 millas más allá de la frontera, y que de los informes de fuente autorizada que recogió puede asegurar que los generales Angeles y Villa.

“de quienes se decía que trabajaban en cooperación como caudillos revolucionarios en el Estado de Chihuahua, han tenido ya un rompimiento serio. Ninguno de ellos participó activamente en el reciente ataque a Juárez. El que hizo el ataque fué el General López con unos 300 bandidos y parece evidente que Angeles, al volver a Méjico después de una ausencia de tres años, se sorprendió mucho del cambio de sentimientos en el país, y quedó muy decepcionado con la escasez de hombres y material de guerra en el ejército de Villa.

Grandes y excelentes cosechas

“Las cosechas más grandes que he visto—continúa Mr. Phillips—en los quince años de frecuentes visitas que tengo hechas a Méjico, las he visto ahora: caña y maíz, arroz y trigo de la mejor calidad. Hay también considerable aumento de productos minerales. Bob Montgomery, conocido en todo el Este y el Oeste como dueño de famosas propiedades mineras, vendió a Méjico sus intereses en petróleo por la suma de un millón quinientos mil dólares y ahora está explotando una mina de plata recientemente abierta en el Estado de Sinaloa. En esta misma región hay muchos capitales de San Francisco fomentando grandes cultivos.

“Pero, no obstante el desarrollo actual de Méjico, no es posible negar los obstáculos innumerables que le openen ciertos hombres de negocios y funcionarios de los Estados Unidos. Estos elementos influyen más en contra de la reconstrucción de aquel país que las mismas depredaciones de los bandidos y la falta de facilidades bancarias. Es el dinero de New York y la instigación de Washington lo que crea y fomenta agitaciones revolu-

cionarias por el estilo de las que han ocurrido allí durante estos últimos cuatro años, sin culminar jamás en una victoria decisiva a causa de que carecen de la adhesión del verdadero pueblo mejicano.

Medidas de reconstrucción

“Lo que en el terreno de la práctica están haciendo los mejicanos ahora para la reconstrucción nacional, es cosa que debieran conocer los americanos de buena voluntad para estar alerta contra los jingoistas. Aunque todavía el gobierno mejicano no ha logrado organizar definitivamente sus instituciones financieras, por impedírsele las influencias extranjeras, en sus casas de moneda ha acuñado Méjico durante el año pasado oro y plata por la suma de 70 millones de dólares. Durante el mismo año sus exportaciones a los Estados Unidos ascendieron a 246 millones de dólares, con un balance de 34 millones de dólares a favor de Méjico.

“Si los americanos apreciaran estos y otros hechos para darse cuenta de lo que pasa a la otra orilla del Río Grande, en lugar de prestar oídos a la propaganda insidiosa que vienen haciendo con fines egoístas ciertos elementos de nuestro mundo financiero en combinación con algunos funcionarios del gobierno, no tardaríamos en ver que entre las dos naciones se establecía en firme aquel lazo de amistad y cooperación que habría de señalar una nueva época en el fomento de la verdadera solidaridad panamericana.

La ley del peonaje en el Ecuador

En el semanario americano «The Nation» hemos encontrado una nota muy curiosa acerca de haber sido abolida por un decreto legislativo la ley del peonaje que estaba vigente en el Ecuador. Y sigue diciendo la nota:

“Antes de ponerse en vigor este decreto, un peón estaba obligado a permanecer en una hacienda mientras estuviese en deuda con el hacendado, condición que virtualmente era un estado de esclavitud, puesto que el hacendado podía fácilmente arreglárselas de modo que el peón viviese en deuda perenne con él. El decreto completa la emancipación de los peones declarando canceladas todas sus deudas. El peón puede ir ahora donde guste, trabajar para quien quiera, y disfru-

tar de iguales derechos que los demás ciudadanos de la República.”

Bien por el Ecuador.

El más formidable adversario de Wilson

El día 28 de Junio tuvo lugar en el «Car. negie Hal» de New York un mtin de protesta contra la Liga de Naciones en el que el Senador por California Hiram W. Johnson, ante una concurrencia de más de cinco mil personas, pronunció un discurso de cálidos tonos que le conquistó repetidas ovaciones de parte del público. Las palabras de Hiram W. Johnson tienen especial significación en este momento, no tan sólo por la fuerza de los argumentos que contienen contra el Tratado y la Liga, sino también por la circunstancia de que el popularísimo Senador por California es sin duda alguna el adversario más formidable que ha de encontrar Wilson—y si no Wilson mismo, el candidato, cualquiera que sea, del partido demócrata para la presidencia de los Estados Unidos—en su camino, cuando dé comienzo el período electoral. Dadas las difíciles y magnas cuestiones que están ahora pendientes ante el pueblo americano y dado el papel que ha jugado Wilson en la escena mundial en estos últimos tiempos, no hay duda de que la contienda presidencial que se avecina ha de ser la más dramática de cuantas registra la historia de aquél país.

“No ha de haber hombre alguno” —dijo entre otras cosas Johnson— “que abrigue la menor preocupación por la humanidad, que consienta ni por un solo momento en suscribir este Tratado. El les permite a los hombres de hoy escribir la historia de mañana. El aprisiona al mundo con una verdadera camisa de fuerza. El significa que nosotros nos arrogamos toda la sabiduría de las edades para trazarle al hombre del futuro la ley de su vida. La condición estática en que ponemos al mando refleja sólo el desco de las potencias actuales y de los actuales gobiernos y el de aquellas naciones que padecen de un hartazgo de territorio. Esta no es liga de pueblos, amigos míos. Esta es una liga para proteger la fuerza. Esta no es una liga para impedir la guerra. Esta es sólo un gran «trust» militar fraguado por las actuales potencias a fin de protegerse las unas a las otras. Amigos míos, la pobre Irlanda está en la situación de un litigante que tiene en sus manos una causa justa y no consigue audiencia. El

ciada, la más profundamente querida en la tierra era Estados Unidos. Siete meses después de estar enzarzándonos y encharcándonos en los asuntos de Europa, nos encontramos con que Italia nos detesta, Francia nos desprecia en secreto, Inglaterra nos maneja y el Japón nos intimida. Ahora, después de siete meses, se nos dice que debemos tragarnos este tratado, a lo cual algunos de nosotros en Washington respondemos: «nosotros no nos tragaremos ese tratado.»

Publicidad inexorable en los asuntos de Rusia....

(Reproducido del semanario americano «The New Republic.»)

“Ahora que Alemania ha decidido aceptar el Tratado, nosotros tenemos el problema de poner en claro nuestras relaciones con Rusia. No podemos ni siquiera presumir que hay paz mientras mantenemos el bloqueo sobre 100 millones de individuos, mientras subsidiamos la guerra civil y tenemos tropas en Siberia. Pero no podemos poner en claro nada ni decidir nada hasta que no nos enteremos de los hechos. De estos no sabemos nada. Pues nunca en la historia de la diplomacia americana ocurrió que un Gobierno se enredase tanto en negociaciones diplomáticas secretas como le ha sucedido a este Gobierno con respecto a Rusia en el último año.

“Nuestras relaciones con Rusia han sido consideradas como una fase de nuestra guerra con Alemania. Esta guerra ha terminado ya. No queda, por consiguiente, ninguna excusa para seguir ocultando los documentos rusos y el Congreso no podría prestarle mejor servicio al honor y los intereses de los Estados Unidos que el de dirigirse al Departamento de Estado en demanda de estos papeles y de las explicaciones consiguientes.

“Estos papeles han de versar, entre otras cosas, sobre las siguientes: las negociaciones con el Japón y con los otros aliados con respecto a nuestra intervención en Siberia en los primeros meses de 1918. De ellos se habló en la prensa. Ahora deben ponerse de manifiesto.—Las proposiciones hechas por el gobierno de los Soviets antes de la ratificación del Tra-

tado de Brest Litovsk.—Las razones para aquel repentino y dramático cambio de política en Junio de 1918 que resultó en el envío de tropas a Rusia.—La historia y fines de la expedición a Archangel.—El texto de las proposiciones hechas por el gobierno de los Soviets.—Los documentos en el asunto de Prinkipo. Los documentos en el asunto de Bullitt. Los documentos en el asunto de Nansen. Todos los documentos cambiados con otras naciones y con el gobierno de Omsk con respecto a la ayuda o reconocimiento del almirante Kolchak.

“Hemos tenido vislumbres de todas estas cosas en la prensa. Ahora veamos todo el negocio de manera que podamos saber a qué atenernos.

“América debe saber la historia secreta para poner en claro si aquellos que han dirigido la política rusa han tenido una finalidad definida, algún plan claro, alguna intención consecuente con las tradiciones americanas; o sí, por el contrario, han venido extraviados y sin brújula alguna en el revuelto mar de la diplomacia europea. Ya es tiempo de que, no por declaraciones ni discursos de mítin, sino por un examen frío de las pruebas, podamos fallar sobre el sitio que ocupamos y por qué le ocupamos y qué es lo que se espera que hagamos allí. ¿Fuimos a Archangel para evitar que los alemanes se apoderaran de materiales de guerra? ¿Estos materiales estaban allí cuando nosotros llegamos? Si estaban, ¿qué tenía que ver la custodia de ellos con una guerra a 200 millas al Sur de Archangel? ¿Por qué hemos bloqueado a Rusia? ¿Para impedir que los alemanes se apoderaran de unos materiales? Si esto es así, ¿por qué seguimos bloqueándola ahora que estamos a punto de levantar el bloqueo contra la misma Alemania? ¿Fuimos a Vladivostok para salvar los almacenes de materiales de las manos de los alemanes y reconstruir el frente oriental? Si esto es así, ahora que ya no tenemos guerra con Alemania y que no necesitamos un frente oriental ¿por qué autoridad actuamos como parte del Servicio de Aprovisionamientos en una guerra allá en los Urales que se supone promovida por rusos contra rusos?

“Estamos o no estamos en guerra con el gobierno de los Soviets? Estamos bloqueando el territorio en que impera el

gobierno de los Soviets. Estamos ayudando al gobierno que está en guerra contra él. Estos actos se han considerado siempre como actos de guerra. Puesto que sólo en el Congreso de los Estados Unidos reside el poder de declarar la guerra, ¿será un crimen insinuar que si el Congreso se cuida de velar por su propia dignidad, por sus propias prerrogativas y por la dignidad y los intereses de la nación, debe en el acto practicar una investigación completa de todo este asunto para fallar luego de un lado o de otro?

“La respuesta más cónoda será la de que todo esto es tratar de ayudar a los bolsheviki. No es nada de eso y todo el que lo diga no dice la verdad. Si lo que hemos estado haciendo y lo que hacemos aún en Rusia es sabio y conforme con las tradiciones americanas, la publicidad vendrá sólo a arrojar luz sobre la sabiduría y americanismo de nuestra política. Es ciertamente un libelo el indiciar que hay algo que no nos gustaría hacer público ante el mundo. La verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad, a nadie puede perjudicar que no merezca ser perjudicado. Nosotros no vemos ningún indicio de que la política observada hasta la fecha haya acabado con el bolshevismo. Lenine ha estado en el Poder durante un tiempo más largo que cualquiera otro Primer ministro de los que han participado en el manejo de la guerra en el continente europeo. Diez y ocho meses de nuestra supuesta política con respecto al bolshevismo, han matado de hambre a legiones de rusos, pero el gobierno de Lenine sigue allí, y el bolshevismo sigue ahora más amenazador que antes. Nuestra política, pues, puede no haber propagado el bolshevismo, pero ciertamente no ha hecho nada apreciable para ponerle fin.

“Debe ponérsele fin. Todo lo que esté al alcance de las posibilidades humanas debe intentarse para salvar a Europa, toda en conjunto, de la catástrofe de más violencia, más desorden, más guerra civil y todavía más agotamiento. Aunque el bolshevismo fuera el más hermoso ideal en el mundo, y no creemos que lo sea, Europa está demasiado pobre y demasiado extenuada para el experimento. Pero el hecho cierto acerca de la política de los aliados es que no ha terminado el bolshevismo ni en Rusia ni en nin-

guna otra parte. No ha realizado los fines que se propuso. Los aliados, con nuestro consentimiento y ayuda, han puesto en juego la guerra, el hambre, la intriga y la más colosal propaganda que el mundo haya visto. Y a pesar de todo, la campaña no ha tenido éxito. Ha sonado la hora de saber por qué no ha tenido éxito, y no hay medio de saberlo, sino levantando el velo del secreto. Quizás al levantar el velo, nos percateemos de que hemos fracasado, porque nuestro bloqueo y nuestras pequeñas guerras han convenido al pueblo ruso de que no son los métodos de Lenine la causa de su hambre y de sus desgracias, sino la hostilidad de los extranjeros. Quizás el resultado de esto ha sido darle más fuerza a Lenine, limpiándole ante los ojos del pueblo ruso de aquellas faltas que por sí mismas pudieran haber contribuido a su caída o a su cambio radical. Quizás nosotros hemos unificado todo el patriotismo ruso para ponerle al lado de un hombre que desprecia el patriotismo, pero que en este instante está defendiendo el suelo de Rusia. Quizás hayamos lanzado hacia el campamento de Lenine a todos aquellos elementos liberales moderados que nos han visto auxiliando a los Kolchaks y Denikins, de quienes se asegura que tratan de restaurar la autoeracia. Y fuera de Rusia, quizás estamos recomendando a Lenine al afecto de las clases trabajadoras, porque de lo único que parecemos capaces es de hacerles el juego a los cortesanos del Czar. Quizás nosotros hayamos logrado que los líderes de los trabajadores sospechen que todo cuanto hay de solapado, reaccionario e imperialista en el mundo, está ahora disfrazado de anti-bolshevista.

“Y así, pudiera ser que un estudio de la documentación nos convenza de que el medio de curar lo que es un mal en el bolshevismo es dejar a los rusos que lo discutan entre ellos, dejar de torturarlos con el hambre, y luego ponernos honradamente a trabajar en la aplicación de principios democráticos que hagan del mundo algo tan decente, tan atractivo, tan humano, tan bellamente progresivo, que sólo exista un puñado dispuesto a argüir y menos de un puñado dispuesto a escuchar, cuando se trate de sostener que los males e injusticias de la sociedad sólo pueden remediarse por el método de Lenine. Pero para hacer eso, necesitamos

antes prepararnos, poniendo en práctica sin demora el principio de una inexorable publicidad.

Política americana

Divergencias graves entre los republicanos

Desde los agitados días de 1912, el Partido Republicano de los Estados Unidos viene empeñado en negar que existe ninguna divergencia honda entre los progresistas y conservadores que lo integran. Los hombres que dirigen la maquinaria del partido atribuyeron la desbandada de entonces a mero efecto del choque personal entre Taft y Roosevelt. Nunca quisieron confesar que la controversia envolvía una diferencia de puntos de vista político-sociales y que gran parte de los miembros progresistas del partido que se desprendieron en aquella ocasión lo hicieron así porque esperaban hallar en la nueva organización un mejor instrumento de progreso social. Y si luego comenzaron a regresar estos progresistas a sus antiguas tiendas, el hecho se debió a influencia personal de Roosevelt, quien opinaba que la mejor manera de reformar un partido político era reformarlo metiéndose dentro.

Pero que los líderes del partido saben a qué atenerse con respecto a la gran división que este lleva en su seno se demuestra por el solo hecho de que en la campaña presidencial de 1916, temerosos de llevar a su programa ninguna cuestión sustantiva, donde se pusiese de manifiesto inmediatamente la radical diferencia de visión que ha existido siempre entre hombres como Penrose y Cabot Lodge, de una parte, y Raymond Robins y Hiram Johnson, de otra parte, se limitaron a no tocar otra cuestión ante el electorado que una meramente negativa, o sea, la del anti-wilsonismo. El anti-wilsonismo resultó un fiasco en la campaña de 1916. Y si en el 1918 obtuvo el éxito que obtuvo, fue con la ayuda de ciertos incidentes derivados de la guerra. Pero, ni antes ni después, ni en la derrota ni en el éxito, se ha verificado la soldadura de unos y otros elementos. «Es imposible efectuar una unión verdadera»—dice «The New Republic»—sobre la base de simpatías negativas. Pues cuando el objeto de la animosidad desaparece, como tiene que suceder tarde o temprano no deja tras de sí ningún elemento de adherencia permanente.”

“El partido Republicano,—sigue diciéndonos «The New Republic»—no está más cerca hoy de un arreglo entre sus fuerzas divergentes sobre bases positivas que lo estuvo en 1912 o en 1916. El hecho mismo de que los jefes oficiales del partido se hayan lavado las manos en las últimas controversias ocurridas en el Senado, cuando se trató de la elección de sus presidentes de comisión, es una prueba evidente de lo que decimos. Hasta ahora, el partido no ha dicho una palabra en materia de cuestiones tan importantes y tan urgentes como las de los impuestos sobre la herencia, reconocimiento de los sindicatos obreros, establecimiento del salario mínimo, intervención en Rusia, etc. Sobre todas estas cuestiones, se ha limitado a declararse en favor de la protección de la industria americana y la santidad del hogar. Los directores actuales del partido son fuertes en generalidades, pero mudos en toda cuestión que envuelva alguna actitud definida y trascendental. Y es porque en estas cuestiones es que ellos están más ciertos de la profunda división en su seno. Y es tal el deseo que tienen de volver al Poder, que tacen promover cuestiones que alboroten a algún miembro del partido.

“Pero si los republicanos aspiran a influir más directamente en la política americana de hoy, tienen que resolverse a correr el riesgo. Hay cuestiones pendientes que abren un abismo entre progresistas y reaccionarios. Los republicanos han asegurado tener una habilidad administrativa muy superior a la de los demócratas: pues ahora tienen oportunidad para el establecimiento de un buen sistema de presupuestos. Ellos han declarado muchas veces poseer una gran destreza en los enredos de la política exterior: Rusia les da ahora ocasión de aplicar su anunciado buen sentido. Ellos se han proclamado más de una vez fieles guardianes de la tradición de Lincoln: el industrialismo americano de estos días les proporciona ocasión de actuar animados en el mismo espíritu de aquel fervoroso enamorado del bien. Hay muchas cosas más invitándoles. Hay y habrá siempre sitio para los republicanos, bien sea como partido de progreso, bien como partido de reacción. Lo que no hay es sitio para un partido de eternos tanteos: ningún otro sitio sino el que ahora está ocupando.”

Política inglesa

El Ministro de la Guerra Churchill

Mr. Winston Churchill es hoy la figura más impopular del gobierno inglés. Esta impopularidad le viene de la inmensa notoriedad que le dió una circular que allá a principios de Mayo hizo llegar a las manos de los oficiales del ejército. En ella el Ministro formulaba las siguientes preguntas:

¿Le parece a usted que las tropas de las varias zonas militares estarían dispuestas a ayudar al gobierno en casos de huelga?

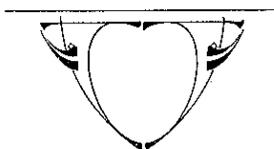
¿Estarían dispuestas a hacer paradas en favor del servicio en países extranjeros, especialmente en Rusia?

¿Cree usted que crece entre las tropas el germen del sindicalismo obrero?

Estas y otras preguntas llegaron, al fin, a manos de los obreros, que las consideraron como una cínica tendencia a convertir

el ejército en una organización de rompe-huelgas, y la indignación del partido Laborista y de los socialistas de Inglaterra no tardó en producir un tremendo clamoreo en todo el país pidiendo la inmediata renuncia del ministro.

Se estima como seguro que Mr. Winston Churchill ha arruinado su carrera parlamentaria por virtud de este traspié, aunque muy bien pudiera ser que lo ocurrido le sirviera para afianzarse más en el partido Conservador y llegar a alcanzar la jefatura. Es indudable que el gobierno de coalición está a punto de caer; todos los elementos liberales de su seno es probable que ingresen en el partido Laborista, en tanto que los del partido Conservador permanecerán más unidos que nunca, en absoluta oposición a toda clase de reformas. Y en un partido así, siempre habrá un puesto de honor para un hombre de las agallas de Winston Churchill.



Nuestros Profesores de Idealismo en América

JULIO R. BARCOS

APUNTES PARA UN ENSAYO CRÍTICO SOBRE LOS VALORES NEGATIVOS Y POSITIVOS DE NUESTRA CULTURA INDO-ESPAÑOLA

Ricardo Rojas, pontífice del nacionalismo

VI

ROJAS es, indiscutiblemente, uno de los talentos literarios que se perfilan con más rasgos personales en las letras de mi país. Tiene el mérito de su orgullo y su ambición; es indio. Aspira a ser un César de nuestra democracia intelectual y un adalid del argentinismo. No cultiva la virtud hipócrita de la modestia y él mismo lo deja entender muy claro que quiere ser el jefe. Laborioso, empeinado y romántico. al diapasón de José Mármol, trata de revivir con su pluma de literato la edad heroica de nuestra historia nacional. Es el pequeño Homero de nuestra pálida *Iliada gaucha* y aspira a que se siga la voz de los próceres y maestros de la democracia sur-americana. Es nacionalista chauvinista en doctrina política y un poeta épico en literatura. ¿Qué quiere el señor Rojas? Quiere que la veneración de los héroes, la loza del pasado, sea la base de nuestra cultura nacional. Que la Educación, la Literatura y la Filosofía argentinas se inspiren tan sólo en nuestro suelo y únicamente en nuestra historia. El romanticismo patrio del señor Rojas no es nuevo. Si es para lo único, precisamente, que hemos servido los hispano-americanos, para sentarnos orgullosamente a la sombra de los laureles de nuestros antepasados, ya que no tenemos en nuestra vida hechos nobles, bizarros y grandes de qué vanagloriamos. Como dogma de cultura es muy provincialista, además de ser muy anacrónico. El pueblo como el hombre que no tiene ideas universales es porque no ha salido del aldeanismo todavía. El señor Rojas, no solamente

no ha inventado nada, sino que exagera los hechos y falsea la historia argentina al pretender hacer un gran monumento de un puñado de glorias militares. Eso es muy a propósito para cultivar sobre el campo fértil de la fanfarroería nuestra, el más barato e intangible de los orgullos, el orgullo nacional. En buena lógica, siguiendo el curso de las ideas «restauracionistas» del señor Rojas, no nos detendríamos en los próceres de la independencia sino en la «restauración» de las tradiciones indias, en todo caso, como muy bien le objetara Ingenieros, su émulo del nacionalismo desde un diferente plano filosófico. En efecto, si lo indígena es lo autóctono en América, eso sería en puridad lo «nuestro».

No es que yo sea insensible al esfuerzo realizado por nuestros mayores para hacernos independientes. Grande y bello es, sin duda, el panorama histórico de un pueblo que despierta de la servidumbre y se dispone a ser libre. Pero, preciso es confesar, aun a trueque de herir el fetichismo de los héroes que predomina entre nosotros, que esos prohombres de ayer ya no pueden servirnos de modelo, sino por muy rara excepción, a los argentinos de hoy. Ellos fueron hijos legítimos de su época y nosotros no podemos ser hijos adúlteros de la nuestra. Frente a la epopeya gaucha del valor personal, mejor dicho, del «coraje criollo» que nos ha llenado, aún hoy, el parlamento de «guapos» y el resto del mundo intelectual de «maulas», tenemos la epopeya social de las democracias libertarias y humanistas que convoca a la pelea del pensamiento a todas las inteligencias nuevas en las cuales tengan mayor resonancia las grandes voces del siglo XX que la voz de los maestros del siglo XIX. Los héroes de la guerra se van conjunta-

mente con la barbarie de la guerra, como se fueron con las iniquidades del feudalismo los caballeros de capa y espada. El militarismo es una reliquia de la barbarie que se dispone a enterrar para siempre el mundo civilizado al constituir la actual Liga de Naciones. Y si no lo hiciera así, la tal Liga sería una maquinaria peligrosa para el mundo. Por o demás, todo nos lleva hoy, arte, ciencia, industria, política, comercio, hacia la unidad del género humano. ¿Cuál es la gran lección de esta guerra para el mundo? Que el nacionalismo era la utopía y el internacionalismo es la gran realidad. Pasó, de todos modos, la edad militar para la América, como pasó la edad de los santos milagrosos para la Europa. ¿Qué sería de nuestra América gobernada por San Martines, Bolívars y Belgranos, o por Santos Tomás, San Pedro y San Pablos?—preguntábase, hace treinta años, Alberdi, a los nacionalistas de la época. Es de ahora, puede decirse, que los argentinos estamos forjándonos verdaderas tradiciones intelectuales, que nunca hemos tenido, con un Sarmiento, un Alberdi, un Ameghino o un Almafuerte.

No seamos pedantes, por Dios, hasta el extremo de hacer sonreír a las personas sensatas que nos visitan y no demos pábulo a que algunos de ellos vuelvan a Europa a decir lo que ya alguien ha dicho por la prensa, esto es, que los argentinos enseñamos una nueva asignatura en las escuelas públicas, la asignatura del patriotismo

VII

José Ingenieros, Pontífice de la Argentinidad

Profeso una sincera admiración y una simpatía personal muy grande por este pensador y sabio argentino, uno de los hombres, para mí, que más honor hacen a la intelectualidad de América. Si Ingenieros, a pesar de su talento y de su sabiduría, fuese un olimpista con ribetes de gran señor, como hay tantos en nuestras tierras, no le consagraría ni mi amistad ni mi respeto. Pero pocos intelectuales han trabajado con tanto ardor, tanto espíritu democrático de la ciencia, tanto afán de doctrina para nuestra juventud mediante una labor de divulgación extensa y rica como publicista, como editor de las obras de los mejores autores que ha tenido el país, como profesor universitario y como conferencista público. Nada de esto nos impide acercar el oído a la prédica de su filosofía

política. ¿Qué es lo que quiere Ingenieros? El no quiere el nacionalismo de Ricardo Rojas. El clava su tienda intelectual frente a la de aquél y funda, en competencia, el nacionalismo de la acera de en frente. Desde luego, Ingenieros es un filósofo y un sociólogo con muchísimo más lastre mental que su émulo, el cual es simplemente literato. Ingenieros aspira a darle unidad a la cultura liberal del país, no basándola en la veneración de las tradiciones militares, sino en las especulaciones de la filosofía científica y el racionalismo de la educación. Se funda en el hecho histórico-social de que la cepa española fue conservadora ultramontana y la cepa criolla fue liberal en el Río de la Plata. Y si nuestro abolengo espiritual no es el conservador sino el liberal, lógicamente se deduce que nosotros los argentinos no tenemos razón para ser regresivos y sí la tenemos para ser progresivos en nuestras ideas. Sobre esta base filosófica ha inventado José Ingenieros su Jigma de la Argentinidad. Ha escrito en sayos de sociología antropológica para pintarnos con caracteres propios una raza «euro-argentina». Pero todo ello es más bien fruto de su fantasía de literato que de su ciencia experimental. En un arrebato de ingenua argentinidad, el Dr. «Ingenieros» desitalianizó su apellido castellinizando su ortografía y firmándose «Ingenieros» para estar más a tono con la argentinidad. ¿Es posible que un hombre como éste se pague de tales ficciones mentales. Su origen europeo y su apellido italiano no lo desdoraban en lo más mínimo. Al contrario, debemos felicitarnos los argentinos de que, por la transfusión de la sangre europea, obtengamos individuos como él, como Ameghino o como Holmberg. ¿Es que con suprimir una letra de su apellido, pensaría Ingenieros que su «argentinidad» se haría más auténtica? Repito que Ingenieros, biólogo, psicólogo y sociólogo determinista, no ha creado en este caso una teoría científica sino un postulado romántico de nacionalismo «sui generis» que sólo puede llevarnos a conclusiones falsas y también a desahogos de vanidades provincialistas como la de suponerse contruidos de una pasta diferente y superior a la del resto de los pueblos de la América Española. Ingenieros odiando el militarismo y Rojas exaltándolo, llegan por caminos opuestos al mismo fin, lo que demuestra que no son antípodas en el fondo sino tan sólo en la forma. Estando yo más cerca de las ideas filo-

sófico-sociales del doctor Ingenieros, encuentro, sin embargo, que Rojas está más dentro de su papel de poeta épico sintiéndose un homérico de nuestra epopeya militar, que Ingenieros biólogo y filósofo determinista, limítrofe del bolshevismo, abrazándose de un idealismo romántico como este de la argentindad que él se ha inventado a última hora.

VIII

Leopoldo Lugones, Pontífice del Helenismo

No conozco en toda América un cerebro tan potente como el de Lugones. No es simplemente un talento literario. Es pensador completo con relieves fuertes y originales de artista. A Lugones como a Platón, no se sabría precisar con exactitud qué título le sienta mejor, si el de poeta o el de filósofo. Lugones no es un introspectivo colindante con el misticismo maeterliniano de Rodó. Es un talento plástico al servicio de un genio dinámico. Catalogándolos a ambos dentro de la clasificación nietzscheana, Rodó es apolíneo, Lugones dionisiaco. Es tal la exuberancia de vida psíquica de este último, y el radio visual de su espíritu es tan abierto, que no se concreta frente a los problemas humanos de su época al papel olímpico de espectador indiferente. Los paisajes del alma los describe en admirables versos líricos, pero el panorama de la vida social contemporánea lo traza en energía y magnífica prosa, con sin igual agudeza crítica, lo mismo en la labor corrida del periodismo que en la erudita del libro. Rodó es un prisma mental de maravillosa precisión que recoge y transparenta, a través de su estilo ático, el resultado de sus lecturas, haciendo prodigios de equilibrio inútil para reconciliar en una especie de pragmatismo los sentimientos y las creencias aparentemente irreconciliables, tales como la filosofía del paganismo y la del cristianismo.

El bagaje mental de Lugones es más rico y más completo que el de Rodó, y no obstante la riqueza de su cultura intelectual Lugones no exhibe un talento reflejo, sino un talento más creador, más fecundo y más proteico que el autor de los "Motivos de Proteo". Con todo eso, a Lugones le ha faltado algo para haberse convertido en un dictador intelectual del Continente, teniendo en cuenta aquello que nos dice Emerson: "Cuando Dios envía a nuestro planeta un pensador, temblad. Todas las cosas

están entonces en peligro." Carece de la grande y bella euanimidad moral que fue la prenda excelsa de Rodó y lo que hizo de él, más que su verbo idealista, un insustituible profesor de Etica para la juventud de América. Dotado de fuertes instintos epicúreos, Lugones es incapaz de darse en la plenitud de su genio a ningún ideal definitivo, no obstante el fondo pasional de su temperamento ardiente. Es otro genio desalquilado como Fradique Méndez, que gusta coquetear con los dones de su inteligencia cual las mujeres con sus gracias y encantos personales. Prefiere, además, la vida cómoda del burócrata a la vida agitada del predicador ácrata que lleva en sí. Le gusta la Revolución del siglo, pero le repugnan las multitudes proletarias. Todo ello lo lleva a malgastar su tiempo en versátiles diletantismos de enciclopedista, escribiendo sobre todas las cosas: política, educación, arquitectura, historia, estética, filosofía, biología y matemáticas, sin contar su extensa labor puramente literaria, con el exclusivo objeto de exhibir la vastedad de sus conocimientos. Pues bien, pongamos ahora el oído a las ideas centrales que forman el «lei-motiv» de esta gran polifonía lugoniana. ¿Qué panacea nos trae el señor Lugones? ¿También una panacea de literato romántico! ¿El señor Lugones quiere «helenizar» a los pueblos agropecuarios del Plata! Considera que el culto del dinero y el comercio son un peligro. Que es necesario espiritualizar nuestra cultura por el amor de la belleza, esto es, por el culto del arte. Es preciso confesar que antes que a Lugones, estamos cansados de oírle esta misma sonata del helenismo a infinidad de literatos adocenados y, parodiando a aquel que tuvo la franqueza de confesar que le reventaba el Dante, nos ha llegado el turno de declarar que a nosotros nos revienta Grecia.

¿Fuera del arte, y del arte griego, no encuentra Lugones otro instrumento para el mejoramiento moral del hombre? Durante el trayecto de siglos que media entre la Hélade y la Revolución Social de Rusia, ¿no ha descubierto la humanidad ningún otro resorte de auto-perfeccionamiento que el arte antiguo? Lugones se cuele lo mismo que Rodó en una ficción trivial y un prejuicio propio de poeta cursi. La ficción romántica de una cultura lejana que no existe, porque murió con la antigua Grecia. Y el prejuicio baladí de que la riqueza es un mal. En ambas cosas Lugones no

lo, corregida y aumentada, la misma, la famosa teoría de "el gobierno de los mejores" inventada y popularizada por nuestros intelectuales de librea al servicio incondicional de las oligarquías dictatoriales que han gobernado la América durante su independencia. ¡Todavía estamos bajo la lápida del «gobierno de los mejores» todos los sur-americanos! Por eso hay en América tantos pueblos inteligentes gobernados por hombres tan evidentemente inferiores a su comunidad política; social e intelectualmente, venimos los hispano-americanos de la oligarquía y estamos en la oligarquía. Grupos de políticos son los amos del soberano en la vida de cada nación; grupitos de familia imponen su férula en las creencias y costumbres, y grupitos de intelectuales son los mentores que enseñan a marear el paso al compás de sus ideas moribundas a la generación de su tiempo. ¿Qué habríamos adelantado con encarnar hoy una «aristocracia tutelar» de «doctores»? También está hecha la experiencia y comprobado el fracaso. No es cuestión de abandonar una casta para coger otra. La historia nos dice del fracaso de todas las formas privilegiadas de gobierno. Ha tenido en sus manos el gobierno de la sociedad la casta sacerdotal armada del formidable poder de la superstición, y ha fracasado. Ha pasado ese mismo gobierno a la casta de los guerreros durante la etapa caballeresca y mística del medio evo, y ha fracasado. Lo ha tenido la casta todo poderosa de la plutocracia moderna, y está en bancarota. Le hemos dado el gobierno íntegro de la sociedad a un sexo, reduciendo el otro a la servidumbre, y también estamos asistiendo al fracaso moral del mundo. Dárselo ahora, a los «doctores» universitarios, es repetir la experiencia sin haber aprendido la lección de la historia. Y la lección de la historia es ésta: que lo que des gobierna en vez de gobernar, es el privilegio, por injurioso a la dignidad individual y colectiva de los hombres, que quedan así reducidos a la condición de seres inferiores. Convenzámonos de una vez por todas que no hay sino una manera de suprimir los siervos y es suprimiendo los señores. Eso ha prometido al mundo la democracia al crear su dogma de la igualdad. Y eso es lo que está reclamando con singular audacia y evangélica elocuencia el Presidente Wilson, de las naciones que han peleado en esta guerra por asegurar la democracia del mundo.

Oigan los partidarios de la aristocracia

tutelar de doctores la palabra de Mr. Wilson: "Al mirar la historia retrospectiva, veo escrito en cada página que las naciones se renuevan desde la base, no desde la cumbre. El genio que remoja las energías de los pueblos, es el que surge de las filas anónimas. La historia y la observación nos dicen que la verdadera sabiduría de la vida humana arranca de la experiencia del pueblo. La vitalidad, como el crecimiento de un árbol, viene de abajo; se remonta por el tronco y se extiende por las ramas hasta llegar a las hojas y los frutos."

"Las grandes masas de luchadores que están en el fondo, son la fuerza dinámica en que se apoyan los puntales de una nación. Una nación es tan grande como lo sean estas filas. Por eso nuestra primera y capital necesidad es abrir el gobierno a esas masas de anónimos que han ido renovando las energías de América y entre las cuales están nuestros futuros jefes. Hemos tenido un grupo perjudicial, o diré mejor, un grupo demasiado pequeño al frente de nuestra política. No se ha consultado para nada al hombre del pueblo y se ha hecho creer que nunca sería consultado. El gran problema del gobierno es conocer cómo piensa y cómo siente el pueblo."

"No es éste el motivo de que nos sintamos orgullosos de hombres como Lincoln? Surgió de las filas oscuras e interpretó a Norte América como no lo han interpretado los nacidos en las clases privilegiadas, en las altas clases del país. La verdadera riqueza del país la forman las empresas, las iniciativas y el bienestar del promedio de los Estados Unidos."

"No somos ricos porque nos dirijan unos cuantos señores, sino por el impulso de nuestra propia inteligencia y de nuestra propia industria. Norte América es algo más que esos hombres que a cada momento vereis citados en los periódicos, conductores de grupos políticos, oradores que únicamente saben hablar de sí mismos." «En un auditorio de gente común, he encontrado hombres que percibían las ideas, y que discurrían las tendencias más rápidamente que muchos educados en colegios, y no es porque estos últimos careciesen de inteligencia, sino que no estaban como aquellos en contacto con las realidades de la vida." "Hay que infiltrar constantemente sangre nueva en las arterias de la política. Que ningún hombre se vea tan oscurecido que no logre romper la corteza de la clase a que pertenezca. Que sea posible sur-

gir de las clases inferiores para elevarse a los más altos puestos del Estado. Todo lo que deprima, todo lo que haga al organismo mayor que al hombre, todo lo que desaliente a los humildes va contra los verdaderos principios de progreso. Esas alianzas de los poderosos hombres de negocios con los afortunados organizadores de la política, van contra la vitalidad y el progreso social. Hechas en la cumbre, tienden a hundir más a cada uno lejos de mantenerlo en su puesto. Toda buena política ha de encaminarse a la anulación de estas alianzas y a restablecer la comunicación entre la gran masa del pueblo y el Gobierno. Conviene recordar que esta nación sólo podrá salvarse por la fuerza que duerme y sus esperanzas, su conciencia y sus energías se renovarán en sus propios manantiales constantes y purísimos.”

“Nunca desde lo alto, nunca por la protección de la aristocracia. La flor no trae a la raíz, sino la raíz a la flor. Nada puede florecer ni dar frutos si no ahonda sus raíces en el suelo común.”

¿Qué mandatario de Hispano-América—pregunto yo—ha pronunciado jamás a su pueblo un sermón de la montaña como éste que W. Wilson pronunciara a la faz del pueblo de los Estados Unidos? ¿Qué diferencia de volumen, de fuerza moral y de significación histórica entre uno de los discursos sencillos como un evangelio de este «prohombre realista» y las proclamas nacionales, hinchadas y declamatorias, retóricas y vacías, de casi todos los prohombres políticos que nos produce esta América romántica, educada en los libros de caballería de la Literatura española!



Figuras del Proscenio

Kolchak: El enemigo más terrible del Bolshevismo

LA figura más conspicua que se alza hoy frente al movimiento bolshevista ruso es la de Alejandro Vassilievitch Kolchak. Tártaro de origen, según afirma el «London Post», en él tienen puestos sus ojos todos los que en Europa y América anhelan extirpar las ideas bolshevistas.

El Almirante Kolchak acaba de cumplir cuarenta y cinco años y por tal razón lo consideran sus admiradores como al comienzo de su carrera. Actualmente es dictador absoluto en la región de Siberia en guerra con la Rusia Central y al solo nombre de Lenine o Trotzky o cualquiera de las grandes figuras de la revolución rusa, su cólera es tanta que materialmente hecha llamaradas por los ojos y su lenguaje se hace imposible para la prensa. Ellos representan todo cuanto él odia más en el mundo, y esto no es de extrañarse si se tiene en cuenta que Kolchak fue educado en las más austeras tradiciones rusas de autoridad constituida y obediencia absoluta a la ley. En edad muy temprana ingresó en el colegio naval que la autoocracia rusa sostenía con el fin especial de obtener buenos lobos de mar capaces de igualarse a los ingleses.

Toda la filosofía de Kolchak se reduce, según vemos en el «Current Opinion», a esto: «La masa fue hecha para obedecer y sólo un grupo de hombres escogidos para mandar. Mientras haya hombres habrá guerra. Todo ello forma parte del orden natural de las cosas y discutirlo rebela al rebelde, al traidor, al enemigo de la sociedad». Tal es el evangelio que Kolchak absorbió fácilmente en la escuela naval y puso en práctica desde el momento mismo en que se

embareó para su primer viaje, como guardia marina, en el viejo crucero ruso «Rurik».

Kolchak no daba descanso a sus hombres en aquellos días, pero tampoco descansaba él. Ya se había distinguido por su aptitud para las matemáticas y para la náutica cuando era alumno de la academia y ahora se iba a rebelar como gran disciplinario. Oigamos al «Current Opinion»:

“Tuvo siempre una gran fe en el knout (azote, instrumento de suplicio usado antes en Rusia) como medio de mantener la disciplina. Para él sólo hay dos clases de hombres: los de tropa, nacidos para obedecer, y los jefes. Y estos dos órdenes distintos de humanidad no tienen nada en común. El que nació para obedecer, debe obedecer y Kolchak no es hombre para titubear cuando se trata de llevar a la práctica la conclusión que se deriva de estas premisas.”

Por el tiempo en que Kolchak fue elevado a la comandancia de un barco, ya su nombre se había hecho famoso como el del más rígido ordenancista de Rusia. Kolchak tiene fe en la comida y en el «vodka» como medios para ganarse el respeto de las masas que gobierna. Es un convencido materialista y todo lo que se aparta de lo positivo le parece pura charlatanería. Si un subordinado cualquiera le discute una orden, lo derriba en el acto de una bofetada. En empresas guerreras su valor llega hasta la temeridad. Esto se demostró cumplidamente en Puerto Arturo, durante la guerra japonesa, donde por propia iniciativa asumió riesgos que sorprendieron a sus superiores y le grangearon severas reprimendas. Sin embargo, su competencia como marino era mucha para prescindir de él, y así algunas de sus iniciativas, que hubieran hecho caer en desgracia a uno menos capaz, a él se le pasaban con gusto por sus proezas

contra el enemigo. Y si en su carrera no ascendió muy rápidamente, es porque su arrebatado temperamento lo llevó a realizar muchas veces actos imprudentes con detrimento de sus barcos y su gente. Siendo todavía muy joven, el almirante Makaroff decía de él que si hubiera tenido mejores maneras y más dominio de sí mismo hubiera sido más grande que Nelson. Y sus peculiaridades se acentúan a medida que pasan los años, pero agregan sus apologistas "que nunca en su carrera ha sido culpable de ninguna acción deshonrosa o falta de lealtad a Rusia como nación." Se cuenta de él que salvó la vida a un marinero que se ahogaba en Kamschatka y que inmediatamente que lo puso en salvo lo mandó al calabozo por no haber estado en su puesto.

Se considera a Koltehak como un genio de organización militar, a tal extremo que era frecuente que se le entregasen flotas completamente desmoralizadas para disciplinarlas. Siempre que enarbolaba su bandera en un buque de guerra, daba orden a sus hombres de reunirse para dirigirles severas advertencias. "Recordad", les solía decir, "que si yo vejo a cualquiera de ustedes en una falta de disciplina, le impondré un castigo inmediato. Porque si esperase un día, me sentiría enfadado. Y si esperase dos días, me pondría furioso. Y si esperase tres días, le dejaría muerto en el sitio." Estas palabras le salían a borbotones de entre los labios contraídos, con movimientos significativos de la mano, en la que era seguro apretaba una pistola. Un día una tripulación amotinada resolvió encerrar a Koltehak en su camarote, pero él adivinó a tiempo lo que estaba pasando y preparó un muñeco que vistió con su propio uniforme, mientras él se refugiaba para pasar la noche cerca de uno de los grandes cañones. Cuando los marineros amotinados creyeron haberle encerrado, salieron gritando: "Ya le tenemos!" "Sí; me tienen"—rugió Koltehak, quitándose el sobretodo que escondía su uniforme—"me tienen, y me tendrán!" Blandiendo un par de revólveres se precipitó sobre los marineros y se les impuso antes de que los oficiales que aún dormían se dieran cuenta de lo ocurrido. Cuando su amigo el finado Príncipe Viassensky le manifestó su pesar en otra ocasión en que Koltehak tuvo que perseguir una banda de amotinados alrededor de la cubierta de un crucero hasta que los hizo saltar la borda, el feroz lobo de mar replicó: "usted debe compadecerles a ellos más bien, porque lo

que es a mí me divierten mucho estas cosas." Esta réplica pone de manifiesto por sí sola el carácter de Koltehak, dice «La Matin», porque demuestra hasta qué punto le deleita el reducir a la impotencia todo lo que signifique un movimiento de rebelión contra la autoridad constituida. Esta es la psicología de su actitud contra el bolshevismo. Cuando un motín ha llegado a adquirir las más alarmantes proporciones, Koltehak recurre a un expediente muy simple: "Que les hagan beber", es su orden. Muchas veces ha declarado que el vodka (bebida popular rusa) es el mejor amigo de los comandantes. "Pero", el humanitario Príncipe de Viassensky le solía replicar: "el vodka es el peor enemigo del marinero". "Yo lo sé", le respondía Koltehak, "pero no soy tan tonto que permita que el marinero se entere de ello."

Según el "London Post", hay un elemento de histrionismo en la constitución de Koltehak que lo eleva hasta lo sublímemente en algunas crisis y que revela en él una gran penetración en las reconditeces del alma humana. Durante un motín ocurrido en una de las más importantes unidades del escuadrón que prestaba servicio, bajo el comando de Koltehak, en el Mar Negro, los amotinados se hicieron dueños del barco. El joven oficial, bajo cuya inmediata autoridad estaban los marineros amotinados, se disparó un tiro en la cabeza cuando se convenció de que eran inútiles sus esfuerzos para restablecer la disciplina. No tuvo valor para confesarle a Koltehak su fracaso. Los amotinados subieron a bordo del barco almirante; Koltehak estaba en su camarote; los amotinados le enviaron a uno de sus compañeros a pedirle la espada. Koltehak salió de su camarote con la espada de San Jorge en la mano, y con los terribles dientes apretados, se presentó súbitamente ante el jefe rebelde. "Esta es la espada que gané en Puerto Arturo", les dijo. "Ustedes no son dignos de ponerle un dedo encima." Y arrojó la espada al mar. Dió media vuelta y lentamente se dirigió otra vez a su camarote.

"Y fue tan trágico su ademán, sigue diciendo el «Post», y tan audaz su aspecto, que ningún amotinado se atrevió a seguirle. Muchos de los marineros vertieron lágrimas. Y no se volvió a oír a bordo ni una voz de motín." Otro expediente de Koltehak en momentos de crisis es el de cruzarse de brazos y, con la vista fija en

su antagonista, gritarle: "Pero tú olvidas que Rusia es sagrada?"

El «Fígaro» asegura que Rusia es para Koltchak la única religión verdadera. La vida doméstica de Koltchak está más íntimamente asociada a Sebastopol que a ciudad alguna, ya que allí viven su esposa e hijo desde hace mucho tiempo. En los círculos navales de Sebastopol, Koltchak ha sido la figura principal y últimamente daba conferencias en un club sobre la carrera del almirante Korniloff. También ha hecho un estudio del genio del almirante Nakhimoff. Siempre se aferró Koltchak a la creencia de que Rusia debía ser una de las más grandes potencias navales, y su influencia sobre los oficiales más jóvenes de la flota del Zar, en los viejos días, era extraordinaria. Su pasatiempo favorito en Sebastopol consistía en pasearse por las calles amarillas de la ciudad, especialmente en la época del año en que las hojas de los numerosos árboles que la pueblan se tiñen de un solo color. Se dice que el estudio de la naturaleza le atrae grandemente y que conoce muchas variedades de plantas raras. Koltchak es muy devoto y acude asiduamente a rezar en las iglesias y muchos atribuyen al fervor de sus plegarias sus maravillosos escapes de toda clase de revolucionarios, amotinados y bolshevistas.

GN. DEL D.)--Las notas que preceden están tomadas del "Current Opinion", periódico que de todo tiene menos que de representante de ideas avanzadas. Y si así y todo nos presenta en Koltchak una psicología tan antediluviana, dicho se está el horror con que verá Rusia alzarse la silueta de este feroz restaurador del zarismo, ahijado hoy de Francia, Inglaterra y demás aliados.... ¡Todo sea por Dios!

Hugo Haase: El Líder del Socialismo Independiente Alemán

S. ZIMAN

Solamente en horas de peligro es que los hombres apreciamos lo que puede valer un hombre. En las deliberaciones del grupo socialista del Reichstag, en Agosto 3 de 1914, a propósito del asunto de los créditos de guerra, Hugo Haase fue uno de los tres que se mantuvieron firmes en su opinión de que el partido socialista debía votar contra el presupuesto de guerra hasta el fin. Y fue sólo un día después que el mismo Hugo Haase se levantó en el Reichstag a declarar que el grupo socialista votaría el presupuesto de guerra. La disciplina de partido y el hecho de que él era su

presidente entonces, lo obligaban a obedecer la decisión de la mayoría contra los dictados de su buen criterio y de su conciencia.

Poco después de cerradas las deliberaciones expuestas, Hugo Haase tuvo una conversación de una hora en el Thiergarten, con Eduardo Bernstein, y en el curso de la misma le oí decir: "Lo que yo temo sobre todas las cosas es la reacción que este voto va a producir en el desarrollo interno de nuestro partido." Los acontecimientos que tuvieron lugar dentro del partido luego, demostraron que el temor de Haase estaba basado en el certero vaticinio de los duros tiempos que esperaban a los socialistas alemanes.

Fue durante el aniversario 71 de Bebel que Liebknecht me presentó a Haase. Haase me habló con animación y cordialidad. Es una persona muy simpática, de corta estatura y de pronunciado tipo judío. Hablamos acerca del movimiento socialista internacional y Haase mostró muy susceptible a lo que el mundo pudiese pensar del movimiento alemán. En la corta conversación que tuve con él me impresionó mucho su manera lógica y clara de ver las cosas, animada por su gran idealismo por la causa. Un idealista de gran sentido común y mucha experiencia práctica: eso fue lo que ví en Haase y lo que ven en él la mayoría de los socialistas alemanes.

Hugo Haase nació en Allenstein en Septiembre 29 de 1863 y recibió su educación superior en Königsberg, donde el espíritu de Kant reinó por tan largo tiempo. Ejerció de abogado en la misma ciudad desde 1890 a 1910 y representó a Königsberg en el Consejo Municipal durante 15 años. En 1897 salió electo miembro del Reichstag, donde prestó sus servicios hasta 1906, volviendo a ser electo para dicho puesto en 1912. En 1911 fue nombrado presidente del partido Democrático-Social, para suceder al finado Paúl Singer, uno de los organizadores del movimiento socialista en Alemania. La elección de Hugo Haase como uno de los presidentes del partido tuvo lugar por especial recomendación de Bebel.

El ala reformista del partido estaba contra Haase por un incidente que ocurrió en la Convención Nacional del partido Democrático-Social, celebrada en Magdeburgo en 1910. El incidente consistió en que los representantes de este partido en el parla-

mento del Estado de Baviera no votaron contra el presupuesto. Era una regla del partido que todos los diputados votasen contra el presupuesto para que así constase su desaprobación de la forma de gobierno monárquico y también su protesta contra el sistema capitalista. La conducta de los diputados del partido Democrático-Social fue desaprobada por la gran mayoría de sus correligionarios y Haase fue de los que más se pronunció contra ellos. En la Convención Nacional de 1911, que se celebró en Qena, se llevó a cabo la elección de un presidente para ocupar el puesto que dejó vacante la muerte de Singer. El grupo reformista estaba inclinado en contra de Haase, a causa de su actitud en la Convención de Magdeburgo. Pero Bebel, que gozaba de la confianza de todos, tomó la palabra y pronunció una cálida arenga en favor de Haase. Declaró que todos los que conocían a Haase sabían que era de un temperamento muy conciliador y especialmente capacitado para arreglar las muchas diferencias con que tenía que luchar un presidente del partido. Entonces se refirió al buen nombre que Haase había conquistado como jurista brillante y llamó la atención acerca de los servicios que podía prestar en el Consejo Nacional del Partido. Haase fue electo y actuó como presidente hasta 1916.

En Marzo 16 de 1916, 17 miembros de los socialistas minoristas nombraron dos oradores, pertenecientes ambos al mismo grupo mayoritario, para tomar parte en el debate sobre el presupuesto imperial para 1916-1917. Haase pronunció en esta ocasión un discurso que indujo a otros 17 socialistas de la minoría a votar contra el presupuesto. Inmediatamente después de la sesión en el Reichstag celebró el grupo Democrático-Social una reunión y en ella el Directorio propuso que Haase y sus 17 compañeros fueran expulsados del Partido. Esta resolución triunfó por 58 votos contra 33 y dió por resultado que los 17 bajo la jefatura de Haase constituyeron un grupo aparte que se denominó «Unión Obrera Democrático-Social». Como presidentes de este grupo fueron elegidos Haase y Ledebour. Y después de esta fecha los dos grupos socialistas se atacaron mutuamente en el seno del Reichstag, y los contundentes discursos de Haase no solamente encolerizaban a los conservadores, sino que le conquistaban también la cólera de sus antiguos amigos. Pro- visto de las grandes ventajas de sus conoci-

mientos jurídicos y familiaridad con las complicaciones interiores y exteriores del imperio. Haase más de una vez le habló al Reichstag del abismo en que iba precipitándose Alemania, empujada por los junkers (jingoistas). Cuando la cuestión de Liebknecht—que había desencadenado contra sí mismo una tormenta terrible en un discurso que pronunció en Mayo 10. de 1916—fue tratada en el Reichstag, Haase defendió a Liebknecht del cargo de traición que se le hacía. “El propósito de Liebknecht”—dijo—“era simplemente que el pueblo alemán hiciera presión sobre el gobierno alemán para terminar la guerra.”

Como Líder del partido Democrático-Social-Independiente, Haase ha estado siempre en contra de las tendencias oportunistas del gobierno de Ebert. El partido Socialista-Independiente, ha dicho él, aspira al establecimiento de la dictadura del proletariado, o, como lo ha llamado un eminente socialista americano, al establecimiento de un régimen de clase como condición necesaria para la realización del socialismo. Para realizar este fin el partido Socialista-Independiente usará todas sus armas políticas y económicas, incluyendo las parlamentarias. En esto consiste la principal diferencia entre los independientes y los espartacistas. Los últimos no transigen con los parlamentos electos por sufragio universal.

En la Convención celebrada durante las primeras semanas de Marzo de este año, se adoptó un programa cuyos puntos principales son:

“Colocar las riendas del gobierno, con sólo algunas limitaciones, en las manos de los Consejos de obreros y soldados.

“Licenciar el ejército antiguo, desarmar a la burguesía y organizar un ejército del pueblo compuesto de obreros conscientes.

“Comenzar inmediatamente la socialización de los establecimientos capitalistas.

“Elegir por sufragio popular a todos los jueces y funcionarios.

“Dedicar todos los ingresos de guerra, así como la mayor parte de las grandes propiedades, al Estado. Repudiar todos los empréstitos de guerra, compensando, sin embargo, a los pequeños tenedores.

“Ampliar la legislación social. Separar a la iglesia del Estado y la escuela de la iglesia. Establecer escuelas públicas donde la enseñanza se haga de acuerdo con los principios fundamentales de la pedagogía socialista.

“Establecer relaciones amistosas con todas las naciones y especialmente con la república de los «Soviets» de Rusia y con los polacos. Reconstruir la federación internacional obrera de acuerdo con los principios de la política socialista revolucionaria y atemperándose a las prácticas de las conferencias internacionales de Zimmerwald y Kiental.”

La revolución de Noviembre llevó al poder a un gobierno controlado por un Consejo en que figuraban tres miembros del Partido Democrático-Social, dos independientes y uno con inclinaciones hacia los espartacidas. El representante principal de los independientes fue Hugo Haase, a quien se nombró Ministro de Relaciones Exteriores. Desempeñó este cargo hasta fines de Diciembre. Haase y otros dos independientes (por este tiempo los espartacidas pertenecían todavía al Partido Independiente, pero se separaron de éste en Diciembre 30 de 1918) presentaron su renuncia a causa de que no quisieron asumir la responsabilidad de disparar con-

tra los marinos que antes de Noche Buena habían llevado a cabo manifestaciones contra el Gobierno.

En las elecciones generales para la Asamblea Constituyente que tuvieron lugar en Enero 21 de 1919, Hugo Haase fue electo diputado por los berlinenses. El número total de independientes electos para la Asamblea Nacional fue de 24. Los socialistas independientes sólo podrían apoderarse del Poder con el concurso del grupo espartaco. Por el momento el partido de Ebert parece dominar la situación. La firma del tratado puede traer un cambio. Hasta ahora Hugo Haase como Líder de los independientes ha estado en constante agitación combatiendo toda clase de actividades contrarrevolucionarias y denunciándolas elocuentemente en la Asamblea Nacional reunida en Weimar.

(N. DE R. J.—En los acontecimientos políticos que, a partir de la firma del tratado, se vienen desarrollando en Alemania, es de esperarse que Hugo Haase desempeñará un papel cada vez más conspicuo.



Perú antiguo y Perú moderno

OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

(PARA NINI OBARRIO)

ME pide CUASIMODO, dispuesto a tocar fervoroso y entusiasta la campana de América, que después de Chile diga algo sobre el Perú, y yo no he podido dejar de corresponder a la honrosa excitación, porque soy completamente ajeno a las cuestiones que dividen ahora a los dos pueblos hermanos y porque tengo también muy gratos recuerdos y profunda simpatía por esta tierra «blasonada del sol por la estirpe de los incas», por esta tierra de los fastuosos virreyes, de los hidalgos caballeros de capa y espada, de las graciosas damas de vida romántica y soñadora, por esta tierra donde se ocultan, entre el oro y la plata de sus entrañas, los misterios de una raza superior y de una civilización monumental, formada al conjuro de un legislador sapientísimo, el glorioso astral Manco Capac.

Inicia, en efecto, la cultura incaica del Perú, esta figura enorme de Emperador, que en Cuzco levantó magnífico templo al sol para hablarle cara a cara, que modeló sabias y eficaces leyes e instituciones para su pueblo, que, anticipándose diez siglos al maximalismo ruso, fundó un admirable sistema comunista respecto al trabajo, que arregló el calendario con sujeción al movimiento del sol y de la luna, que dictó los códigos civil y penal de su tiempo y estableció, en una palabra, un admirable sistema de gobierno, completamente organizado hasta en sus últimos detalles de administración.

Tribus de indígenas inteligentes, laboriosos y sumisos, sus súbditos formaban una masa abonada y apta para la constitución de un gobierno tranquilo, capaz de mantener la prosperidad y el goce de todos los beneficios sociales sobre la base del dere-

cho para todos los asociados. Pero otra cosa exigían el fanatismo de los conquistadores y su insaciable sed de riquezas, y, en cambio de su «civilización europea», despojaron y aniquilaron la gran población de aquella importante comarca en que un rey desgraciado, Atahualpa, pagara la libertad de un día con un aposento lleno de oro y otro aposento lleno dos veces de plata!

Para estos aventureros fueron íntegros los tesoros extraídos de las minas de plata que ya se elaboraban mucho antes de su llegada, y para ellos surgió aquel fabuloso Potosí de cuyo mercado, según cuenta un cronista de la época, se vendían diariamente, sólo entre los indios, treinta y hasta cuarenta mil pesos de oro...

El Virreinato del Perú, creado en 1544 a los reflejos de los metales preciosos y a costa de los hijos del sol, llegó a comprender todo el territorio descubierto en el Pacífico, incluso nuestro Istmo de Panamá. El Virrey del Perú era casi tan poderoso en América como el Rey de España en Europa y ningún otro monarca de ésta gobernó nunca como aquél un imperio tan vasto.

Lima, la capital del Virreinato, llegó a ser el principal centro de cultura de la América del Sur, la metrópoli intelectual y social de las colonias de España, la cabeza y el corazón de nuestro Continente. Desde fines del siglo XVI tenía esta ciudad imprenta y, antes, desde mediados del mismo siglo, una universidad, la más concurrida y prestigiosa de cuantas hubo en las colonias españolas, la más antigua también, aquella celeberrima Universidad Mayor de San Marcos fundada por el Emperador Carlos V con los mismos títulos y privilegios que la Universidad Mayor de Salamanca.

Por los claustros de esta Universidad, todavía gallardamente en pie, desfilaron peregrinos ingenios de España y de Indias y a su calor floreció una cultura colonial variada y rica, hasta donde podía serlo por aquel entonces. Los mismos virreyes daban el ejemplo de cultivar las letras: así el Virrey Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, verdadero príncipe en América de la escuela lírica italiana que fundaron Boscón y Garcilaso. Pero también los nativos tienen nombres meritisimos, más altos algunos de ellos que los mejores de origen español. Un descendiente de Huayna Capac, natural de Cuzco, el Inca Garcilaso, como él orgullosamente se llamaba, fue sin disputa, y acaso con la única excepción del mejicano Juan Ruiz de Alarcón, el mejor prosista clásico de la literatura castellana colonial. Así mismo dio por aquella época la tierra peruana, paralela y raramente fecunda siempre en intelectualidades masculinas y femeninas, una poetisa, la más grande también de la Colonia, aquella «Amarilis» que desde el ignorado rincón de León de Huánuco se atrevió a requebrar en verso al Fénix de los Ingenios que llenaba entonces con fama espantosa el mundo entero. El más autorizado crítico literario de España ha dicho de esta «Amarilis» anónima que entre los innumerables panegiristas españoles, latinos e italianos de Lope, cuyos versos llenan volúmenes enteros, nadie alcanzó a tan alto grado de admiración profunda y concentrada en una epístola en que «apenas había el menor vestigio de mal gusto y de amaneramientos» y en que «todo es natural, llano y decoroso, con cierta sencilla gravedad y no afectado señorío.»

La ciudad de los Reyes, donde llegaron a rodar en el siglo XVIII cuatro mil carruajes y donde sobre las puertas de sus palacios se ostentaban los escudos de armas de un duque, cuarenta y seis marqueses, treinta y cinco condes y un vizconde, era un centro intelectual tan animado que, según observa un historiador, los concursos para las cátedras de los profesores producían verdaderos alborotos y daban origen a partidos que no retrocedían ante los conflictos...

A este período de esplendor colonial sucedió la decadencia política de la República, cuando el Perú quedó con su propio ejército dueño de su independencia, con generales por presidentes y con una oligarquía dirigente que entronizó más tarde una no interrumpida dictadura, más o menos

disfrazada, con Santaeruz, Gamarra, Orbegoso, Salaverri, Torrico, Vivanco, Echenique y Castilla. Este régimen fue el que hizo rodar al país por la pendiente de los pronunciamientos militares y de la desorganización civil, el que agotó al pueblo en las luchas fratricidas y lo hizo vivir una vida de miseria en medio de las más genuinas riquezas que puede ostentar la tierra. Era en el fondo la explotación de las castas inferiores por una reducida casta privilegiada, la continuación de las divisiones sociales de la Colonia, en que el dominio lo conservaba una minoría de raza española.

“Toda aquella división en castas, todo este egoísmo de unos cuantos amos, toda aquella sumisión de la indiada irredenta, toda aquella imprevisión de los dirigentes, todas aquellas guerras civiles, toda aquella rra de los señores, toda aquella literatura ignorancia del pueblo, todo aquel despilfa de imitación, todo aquel religioso fanatismo, la historia entera de medio siglo de desorden organizado, iba a culminar en una desastrosa guerra internacional”— resume Blanco Pombona refiriéndose al período de decadencia del Perú.

La guerra del Pacífico fue, en efecto, una lección, dura lección para este país. La dolorosa amputación del territorio nacional, la herida abierta en el alma de los patriotas, sacudió al pueblo de Bolognesi y Grau, lo hizo replegarse sobre sí mismo, ver claramente todos sus errores del pasado y despertar a una nueva vida de reconstrucción general sobre nuevas bases y con nuevos métodos racionales y adecuados. La guerra del 79 marca en la Historia del Perú el comienzo de una nueva era, si no libre de las veleidades políticas y las agitaciones democráticas que han sido y son la rémora en la mayoría de nuestras repúblicas, sí al menos llena de verdadero sentimiento patrio, de aspiraciones conscientes a conquistar personalidad definitiva. La evolución comercial, las especulaciones fecundas de la industria moderna, la valorización del tiempo y del trabajo, todo lo que constituye hoy la base de la riqueza colectiva y de la unificación nacional, va cimentando en este pueblo de tantos recursos y de porvenir más grande que su esplendoroso pasado, el esfuerzo común de sus hijos.

El Perú regenerado y aleccionado por la desgracia renace de sus cenizas de sol, como el ave fénix de la leyenda. El toque

definitivo ha venido a dárselo la guerra europea, después de la cual, como nunca, el bienestar económico del país se ha consolidado, afirmando su marcha progresiva en todos los campos de la economía. Para demostrar la rigurosa exactitud de esta aserción basta un rápido balance de la hacienda pública en el período culminante de decadencia y en el que se inicia ahora de prosperidad y reconstrucción nacional.

Al estallar la guerra del Pacífico los déficits crónicos de los presupuestos fiscales montaban 48,821,222 soles; los ingresos públicos se habían reducido a 17,595,000 soles; la deuda externa pasaba de 400,000,000; el crédito nacional en los mercados europeos andaba por el suelo; la agricultura y la minería estaban en completa decadencia, la población, en fin, sólo llegaba a 2,791,998 habitantes. Hoy el Perú ha duplicado esta población, alcanza superávits en sus presupuestos, tiene ingresos públicos por más de 45,000,000 de soles, ha reducido a 295,308 libras peruanas en cheques circulares su deuda externa y reconquistado airesamente su crédito en los mercados financieros de Europa.

Pero el estado próspero de las rentas fiscales y el buen crédito del país en el extranjero no son sino efectos del desarrollo y de la prosperidad de las fuentes vitales de la nación, es decir, del comercio, la agricultura y la minería. Desde luego, el comercio exterior de la República que en 1914 fue de 4,827,930 libras peruanas para las importaciones y 8,767,790 para las exportaciones, en total 13,595,720 libras, fue en 1917 de 13,502,851 libras para las importaciones, 18,643,414 para las exportaciones y en total 32,146,266. En un período de 16 años, según reza una estadística comercial, la importación ha aerecido un 293,87 por 100 y la exportación un 403,34 por 100. En la actualidad la principal riqueza del Perú es la agricultura, rama en la cual la producción de caña solamente fue el año pasado de 340,000 toneladas contra 156,185 en 1911. Los progresos alcanzados en la industria minera, tan fecunda siempre en esta tierra de preciosas entrañas, son asombrosos si se tiene en cuenta que la producción ha pasado de 5,929,845 libras en 1915 a 9,234,160 en 1917. Por último, la prosperidad creciente y sólida del país ha permitido mejorar y aumentar considerablemente, como una consecuencia y también como una

causa, las vías de comunicación, las instituciones de enseñanza, las casas bancarias, los servicios postales y telegráficos y la marina mercante nacional que rinde hoy a sus accionistas dividendos muy halagadores.

Con un extenso territorio que ofrece todos los climas del globo, que produce toda clase de frutos, encierra ingentes riquezas minerales y está cruzado por una red providencial de caminos fluviales, el Perú es uno de aquellos países destinados por la naturaleza a un florecimiento y un desarrollo económico cuya extensión sólo su política interior puede detener y limitar.

Pero sobre todos estos progresos de orden material hay que hacer notar un progreso paralelo de orden moral e intelectual que va dando al peruano una personalidad definitiva y lo coloca en primera línea en la evolución de la cultura americana. La intelectualidad del Perú es hoy acaso la nota más saliente de su evolución sociológica. Sin mencionar, como fuera justo, el núcleo de intelectos superiores de la generación anterior, en que brillaron Felipe Pardo, Segura, Pedro Paz Soldán y Unánue (Juan de Arona), Clemente Althaus, Mercedes Cabello de Carbonera, Lastenia Riva de Llona, Mariano J. Madueño, Luis Felipe Villarán, Carlos G. Amézaga y, entre otros ingenios, Ricardo Palma, el viejo maestro de las «Tradiciones» que aún levanta en América el cetro del más genuino clasicismo castellano, vamos a señalar los que inician época nueva: Choano, el poeta épico grandioso de América, tan alto como Darío y Lugones; Francisco García Calderón, maestro de la ciencia sociológica, orgullo del pensamiento americano, filósofo de la juventud con Rodó y Carlos Arturo Torres; Manuel González Prada, el valiente apóstol apocalíptico de las «Páginas Libres»; el sereno académico Javier Prado y Ugarteche, el profesor de nacionalismo José de la Riva Agüero, José A. y Oscar Miró Quesada, Mariano H. Cornejo, J. M. Manzanilla, José Gálvez, Víctor Andrés Belaúnde, Víctor M. Maurtua, Ventura García Calderón, Luis Ulloa, Luis Fernán Cisneros, Alberto Rey de Castro, Enrique Castro Oyanguren, Pedro Ruiz Bravo, Abraham Valdelomar, Luis Carrillo, de la Jara y Ureta, Guzmán Ivera, Espinosa, Felipe Sassone, Luis Varela y Orbegoso, Clemente Palma, Juan Bautista Lavalle, Manuel V. Villarán, Alejandro Deustua y muchos más, originales y sesudos, correctos y elegantes, todos los cuales contribuyen a

orientar y dirigir el pensamiento joven, fuerte y renovador, en el periódico, en el libro, en la cátedra, en la política o en la diplomacia. Estos nombres citados bastarían por sí solos para enseñar al mundo que en el torbellino democrático o demagógico de nuestras sociedades surgen también artistas de finos quilates, sabios genuinos,

hombres virtuosos y eminentes de esos que hacen en las sociedades el papel de cumbres o de héroes a lo Carlyle; y bastarían para probar también, en medio del florecimiento actual del Perú, que el sol de Manco Capac ha vuelto a aparecer, ebrio de luz, en el horizonte de América!

Julio de 1919.

La Educación Pública Norte-americana

J. D. CRESPO

Paradojismo del pueblo americano

SIN duda alguna los Estados Unidos de América son el país de las grandes paradojas. En ninguna parte del mundo, por ejemplo, la democracia sistematizada en el orden, ha alcanzado tan alto grado de desarrollo y tan brillante esplendor como en los Estados Unidos; pero, al mismo tiempo, en ninguna otra parte del mundo civilizado ha podido una raza, bajo la presión de otra raza, resignarse a ser tan democráticamente esclavizada como en ese mismo país. Ningún país del mundo ha sido tan acerbamente criticado por su persecución febril y agonizante de los fines inmediatos de utilidad en la vida, pero ningún otro país, tampoco, ha llegado en su desprendimiento quijotesco a detener su carro en el camino del tiempo y atarlo a los fulgores de una estrella, como le enseñaba Emerson, para exponer la vida de sus hijos y darle libertad a un pueblo vecino, como hicieron los Estados Unidos con Cuba; para perdonar deudas internacionales, como lo hicieron con China; para lanzarse, sólo por la defensa de los fueros de la humanidad, a la guerra más desastrosa y cruenta que registran los males del tiempo, como acababan de hacerlo en Europa; y para esparcir sin renunciar alguna, por medio de misiones y escuelas, la semilla fecundante de la civilización, como actualmente lo están haciendo por muchos pueblos del cercano y del lejano Oriente.

Profunda fe en la educación

Y este paradojismo del pueblo americano se nota también en su educación. No

creo yo que exista país alguno en donde se profese un culto tan profundamente sentido y tan universalmente practicado a la educación popular como en los Estados Unidos. Ya desde el año 1857, el obispo inglés Fraser hacía notar que en ese país no había quien no considerara la educación del pueblo como el más importante de los deberes sociales, como el fundamento de todas las libertades públicas, porque, añadía este prelado, "no hay quien no opine con sobrada razón que un pueblo que quiere gobernarse a sí mismo, debe estar convenientemente educado para hacerlo."

Y no se crea que este sentimiento haya cambiado o que sea espúreo. Sus raíces han penetrado muy profundamente en la conciencia del pueblo y la experiencia parece arraigarlo cada día más y más. Son testimonio irrecusable de mi aserto los palacios escolares que diseminados por todos los ámbitos del país son la admiración del viajero; la fiebre de educación que por contagio ataca hasta a los analfabetas inmigrantes apenas pisan el suelo americano; las escuelas rurales esparcidas por los más desolados rincones del país; la remuneración tan liberal y la consideración social de que son objeto los que se dedican a la enseñanza, sobre todo a la enseñanza secundaria y profesional.

Pero lo que más confirma la fe sin límites que en los Estados Unidos se siente por la educación, es la tenacidad con que esta se persigue y las facilidades que se brindan a los que aún careciendo de fortuna tienen deseo y talento suficiente para instruirse. Yo he visto jóvenes universitarios compañeros míos, que mientras adquirían un título, ganaban con orgullo y alegría su

subsistencia como salneros, chauffeurs, maestros especiales, vendedores de periódicos, secretarios, etc. La Universidad misma mediante una bien organizada agencia de empleos, les ayudaba a conseguir colocación. La suma ganada por los estudiantes de la Universidad de Columbia al año, asciende en algunas ocasiones a más de cien mil dólares. Y nada como este rasgo pintoresco es tan eminentemente americano, exclama M. Langlois, profesor de la Universidad de París.

Descentralización del sistema educativo

Sin embargo, parece mentira que en un país en donde la educación popular es considerada como un deber individual y social, y en donde se le rinde tan fervoroso culto, el Gobierno Federal apenas si, oficialmente, se dé cuenta de que existe. Allí por ejemplo no hay Ministro de Educación, ni Consejo Nacional de Educación. Sólo existe como órgano del Gobierno Federal el «Bureau of Education», que es una agencia nacional de estadística e información sobre asuntos educativos cuyas facultades administrativas se limitan al gobierno de las escuelas de Alaska.

El Gobierno Federal hace responsable a los Estados de la educación y éstos, a su vez, a las comunidades que los componen, pero tanto el Gobierno Federal como el del Estado ayudan la educación popular sin asumir su control. La base de ésta en toda la Unión Americana es la iniciativa comunal, el esfuerzo propio de las comunidades. El pueblo obra por medio de concejos de educación nombrados periódicamente en cada ciudad, distrito y departamento. Estos concejos eligen un Superintendente de Educación, que es la autoridad administrativa superior, pues el Superintendente del Estado o Comisionado de Educación no tiene fuerza de mando y su labor más bien consultiva e informativa es semejante a la del «Bureau of Education».

Ventajas de la descentralización

Esta descentralización de la educación ofrece las ventajas de prestarse a la libre satisfacción de las necesidades locales, al desarrollo del espíritu de responsabilidad comunal, y más que todo a estimular y desarrollar la iniciativa individual. En las palabras de Münsterberg citadas por Raúl Díaz en su trabajo «Viaje a los Estados Unidos de América»: «El libre juego para las

creaciones de la iniciativa es el secreto del éxito de los americanos. A la más leve o pequeña aspiración se le permite desarrollarse por sí misma y el más modesto esfuerzo es ayudado. La demarcación definida consistente en la uniformidad oficial haría esto imposible.»

No creo yo que para nosotros los panameños sería saludable un sistema de descentralización tan absoluto, dadas la despoblación, la pobreza y la ignorancia de nuestras comunidades. Pero sí creo que, inspirándonos en los beneficios que ofrece el sistema americano de descentralización, o mejor dicho de control moderado, como parece ser la actual tendencia, podríamos nosotros abrir siquiera alguna puerta en el centralismo asfixiante que actualmente impera entre nosotros y que agosta en embrión todas nuestras iniciativas. Esto podría hacerse dotando al Ramo de Instrucción Pública de rentas propias, organizando un Consejo Nacional de Educación, organizando Concejos provinciales y municipales, todos con facultades administrativas. No sólo conseguiríamos así mayor eficiencia en el servicio, sino que quizás entonces podríamos librar la instrucción pública de las perniciosas influencias personales y políticas.

Centralización moderada

El sistema este de descentralización tal como se practica en los Estados Unidos ha sido muy combatido y la tendencia general, como he dicho, es hacia una moderada centralización. Las obras de educadores como Thorndike, Draper, Strayer, etc., están llenas de sugerencias en este sentido. Cursa en la actualidad en el Senado americano una ley que ha de cambiar el «Bureau of Education» en Ministerio de Educación, con facultades administrativas, pero si como es casi seguro, esta ley se aprueba, las comunidades mantendrán sus prerrogativas en materia de educación. El pueblo americano no se podrá resignar nunca a perder este gran derecho que le concede su libertad. Y en verdad, no hay razón para ello. A pesar del grado tan extremado a que se le ha querido llevar la descentralización en los Estados Unidos, sus consecuencias no han sido como se las ha tratado de representar. Es explicable la impresión que hace a los latino-americanos este sistema, acostumbrados como estamos a gobiernos centralistas y aun personalistas, pero no creo que sea justa la aserción de Darío Salas de que

tratándose de la educación de los Estados Unidos no se puede hablar de un sistema americano, sino de sistemas americanos de educación. Es cierto que en este país el sistema escolar ha crecido y está en la actualidad sencillamente creciendo «just growing», como dicen los norte-americanos, sin una dirección predefinida. Pero también lo es que ninguno podría asegurar por esto que el caos, la ineficiencia y la anarquía son las características del sistema americano de educación, o mejor dicho, de la falta de sistema, como muchos opinan. “Yo diría que aún tenemos derecho para hablar de nuestro sistema de educación”, dice el Profesor John Dewey. Y en efecto, es innegable que en medio de la diversidad de aspectos que presenta el sistema americano, hay una unidad coherente, una cohesión armónica, que anima y da vida al todo, infundiéndole características peculiares que la acción modificadora del ambiente local no puede alterar.

Filosofía social del pueblo americano

Es que el pueblo americano además de una disposición natural para aprovechar el servicio de los expertos y seguir sus consejos posee una filosofía social definida, base de todas sus actividades—el liberalismo y la democracia.—Y este espíritu de libertad y democracia, es la característica esencial de su educación, el lazo de unión que mantiene unidas las diversas tendencias.

Continuidad y especialización

Para que la equidad en la oportunidad, por ejemplo, base de la democracia, sea un hecho tan real como la constitución social lo permita, la educación en los Estados Unidos, hasta la secundaria y profesional, no sólo penetra con facilidad en todas las capas sociales, sino que además presenta iguales oportunidades tanto para el rico como para el pobre, tanto para el hombre como para la mujer. Un saludable espíritu de continuidad invade todas sus fases. Esas veredas sin salida o «blind alleys» tan frecuentes en los sistemas europeos, no existen en el americano. En Alemania por ejemplo, una vez que el individuo ha escogido determinada clase de escuelas, digamos la industrial, y ha cursado en ella, no puede cambiar para escoger, digamos, una profesión liberal, porque las escuelas industriales diferenciadas desde la escuela primaria no guían hacia la Universidad. En los Es-

tados Unidos nunca es tarde para adquirir una nueva profesión, porque todas las escuelas, las comerciales como las industriales, las clásicas como las técnicas, guían hacia la Universidad.

El movimiento que en la actualidad se lleva a cabo para popularizar el «Junior High School», que es una escuela intermedia entre la elemental o «Grammar School» y la secundaria o «High School», hará que esta mutua cooperación de todas las escuelas se refuerce más y más. Esto demuestra además que la acusación de especializar prematuramente que se hace a la educación americana, es injusta. La flexibilidad de adaptación a los diferentes oficios que demuestran los americanos, es una prueba de la educación general que reciben. Por el contrario, la guerra ha demostrado que, precisamente, la falta de especialización, es una de las deficiencias más importantes de la educación americana.

Coeducación

Por otra parte, la coeducación es la ley general, si no absolutamente con todas las escuelas, sí en todas las localidades. Ciertamente esta medida educativa tuvo su principio en una razón económica, pero también lo es que su continuación es sólo producto del convencimiento de que sólo la coeducación podrá elevar a la mujer al puesto que le corresponde en la sociedad; de que sólo la coeducación podrá captar para la mujer el respeto y la estimación que ella se merece. Es imposible pensar de otra suerte. No puede ser que una nación tan rica y pródiga como los Estados Unidos, que gasta mil millones de dólares en su educación, convencida de que la coeducación fuese un fracaso pudiese continuar con ella y comprometer así su futuro bienestar por aborrazarse unos cuantos dólares.

La educación es la vida, y la escuela no es más que un aspecto de la sociedad, dice el razonamiento que sostiene la coeducación, y si queremos que el hombre y la mujer sepan tratarse mutuamente en sociedad, ¿por qué no los enseñamos a tratarse mutuamente desde pequeños en la escuela? ¿Sería justo pedirles que sepan mañana aquello que nosotros no queremos enseñarles hoy? ¿Y dónde mejor que en la escuela podrá darse libremente esta educación?

La coeducación es un sistema «natural», dicen los americanos, como lo hace notar M. Langlois, porque reproduce la estructura ordinaria de la familia y de la socie-

dad; es justa porque coloca sobre un pie de igualdad a los dos sexos y procura a los individuos todas iguales oportunidades de cultura, y es, en fin, benéfica a la inteligencia, a la moral y las costumbres. Afortunadamente nosotros mismos en día no muy lejano podremos convencernos de la gran sabidería que encierra la coeducación.

El problema religioso

Otra de las cosas que demuestran el hondo sentimiento de la libertad democrática en el pueblo americano, es la solución que se le ha dado al problema religioso en las escuelas. En pugna abierta con la tradición que les legaran aquellos, convencidos del «Mayflower», los americanos han resuelto que el Estado, o la comunidad como entidad política, no tiene religión y que en consecuencia la escuela, como órgano de la comunidad, no debe tenerla, pero tampoco debe declararse antagónica a ninguna religión. De aquí que las diferentes denominaciones religiosas convivan y florezcan en perpetua paz en los Estados Unidos. Y el hecho de que el fervor religioso no haya decaído ni la moralidad social sea inferior a la de los pueblos cuyas escuelas enseñan religión, es muy significativo, y por lo menos, digno de detenido estudio.

Cultos de la personalidad

Pero en donde este espíritu de libertad y democracia de la educación americana brilla con más radiante esplendor, es en los métodos de educación y en los fines que ésta persigue. Si se pudiera escoger una expresión para describir a ambos—métodos y fines—«el cultivo de la personalidad» sería la más adecuada. Porque efectivamente, nada preocupa tanto al maestro americano como el infundir en sus alumnos hábitos de obrar y de pensar por sí mismos. Más que de enseñar, él trata de crear poderes, de despertar iniciativas. Por eso el dogmatismo y la memorización rutinaria han desaparecido totalmente de la escuela americana para dar lugar a un sano espíritu inquisitivo que observa, que escudriña que se deleita en luchar, en buscar por sí mismo las cosas, en vencer por sí mismo las dificultades.

La confianza en el esfuerzo propio es un dogma constante y prácticamente inculcado en las escuelas americanas. Y esta es una de las cosas que más han contribuido a hacer del americano el hombre enérgico

y audaz, vivo de genio, claro de inteligencia, optimista y confiado, aunque algunas veces antipáticamente dominante y agresiva, que todos conocemos.

Gustavo Le Bon, el gran educador francés, dice: «Es a su educación que los americanos deben su desdén por las complicaciones administrativas, su rapidez de decisión y ejecución, su iniciativa, en una palabra, todas las cualidades que han demostrado en su trabajo en Francia durante la guerra, que han sorprendido hasta al más superficial observador.»

Por eso públicamente desde las columnas de «Les Annales», expresa Le Bon el proyecto que tenía en asocio del Coronel Roosevelt para emprender una campaña de americanización de la educación francesa. «Y después de meditar largamente sobre el particular, dice este sabio educador, he concebido claramente que el único medio de reformar todo nuestro sistema educativo, sería el fundar en Francia una Universidad americana con profesores exclusivamente americanos.» Y Le Bon no está solo en sus aspiraciones. Gran número de pensadores franceses son de la misma opinión.

Sin embargo, algunos panameños que se consideran a sí mismos altas personalidades en el mundo del pensamiento, opinan, desdeñosamente, que «la educación americana consiste en el utilitarismo práctico con carencia del ideal.» (Palabras de don Nicolás Victoria J. en una entrevista con un reporter del «Diario de Panamá»).

La disciplina liberal

La disciplina en la escuela americana, es amplia, liberal, basada tanto en la autoridad del maestro como en el aprecio mutuo entre maestros y alumnos, así como en el respeto de éstos por los derechos de los demás. Pero esta autoridad del maestro sobre el alumno no es producto del miedo ni del despotismo, sino de su superioridad moral e intelectual. El maestro se considera a sí mismo y es considerado por sus alumnos como un amigo y consejero.

Esa preocupación constante que priva en nuestras escuelas, especialmente en algunas de internados, de tener al alumno de continuo bajo las miradas casi siempre foscas y amenazantes del maestro para sorprenderle en el menor desliz e imponerle castigos inquisitoriales, es cosa totalmente desconocida en las escuelas americanas. Un ambiente de trabajo, de orden, de felicidad, prevalece en su interior. Cada alumno conoce su ocu-

pación y se dedica a ella libre y alegremente. Es que desde temprana edad los niños han sido acostumbrados a encontrar satisfacción en el trabajo y en el orden y no necesitan ser tan constantemente vigilados; antes por el contrario, resenten la constante vigilancia como un insulto a su dignidad. El Profesor Dewey quiere hasta abolir la acomodación fija de las bancas en hileras y prefiere escritorios portátiles que los alumnos puedan agrupar de acuerdo con sus inclinaciones y la naturaleza del estudio a que se dediquen. Esto favorece, según él, la cooperación entre los alumnos, base de la futura cooperación social, tan necesaria en las democracias. Y la cooperación es otra de las características esenciales de la educación americana. En fin, la tendencia general es de basar la disciplina de la escuela cada día menos en los métodos represivos y cada día más en la consciencia del alumno de su propia responsabilidad. El «self-government» o gobierno propio de los alumnos, del cual se han hecho tan notables experimentos como el «National Junior Republic», la Escuela McKinley, Minnesota, parece ser el ideal a que todas se encaminan.

Fin práctico que la educación americana persigue

Y a fin de que esa camaradería entre el alumno y el maestro pueda más fácilmente efectuarse y de que la educación produzca a la sociedad los mayores rendimientos, la escuela ante todo procura poner delante de los alumnos aquello que naturalmente les interesa, porque despierta en ellos el sentimiento de algo cuyo utilidad moral o material alcanzan a vislumbrar. Allí la revista, el periódico, el acontecimiento sensacional del día, proporcionan ameno asunto para las discusiones escolares. Es decir, la enseñanza tiene un corte eminentemente práctico y utilitario.

Es que la filosofía de la vida americana es el pragmatismo, o sea la filosofía que establece el criterio de la verdad y de los valores humanos en la acción y en su poder de verificar la realidad. Por eso el espíritu que anima a maestros y alumnos es que la educación no es un fin en sí misma, sino un medio con que ayuda al hombre a resolver los problemas que la vida le presenta. El hombre no se educa por educarse, para ser meramente un hombre educado, el hombre debe educarse para servir, para ser útil a

si mismo y a la sociedad de que forma parte. Y en consecuencia la formación del carácter ocupa un lugar preferente. La educación debe ser una fuerza en dinámica, no en potencia, sin posibilidades de acción. Y si es fuerza debe servir para hacer modificar el ambiente y adaptarlo a las necesidades colectivas del individuo. Esta es la razón por la cual al antiguo dogma de educar «hablando», la escuela americana opone el suyo de educar «haciendo».

Estos tan saludables principios de moralidad individual y social, han sido erróneamente confundidos con un utilitarismo morboso, destructor de toda noble y elevada tendencia. Pero nada más falso de razón. El utilitarismo de la escuela americana no carece de ideales, pero su idealismo es el idealismo sano y enérgico del esfuerzo y de la acción, que persigue un fin y suministra la suficiente fuerza motriz para caminar hacia él; y no el ideologismo anémico, enfermizo y desorbitado, que con delectación brahamánica se extasia en estériles contemplaciones de fantasías inasequibles.

Utilitarismo sociológico

La escuela americana persigue una finalidad eminentemente social, no especulativa, pero sí es especulativa en la medida en que la especulación es útil al progreso social. Por eso Henry Suzzalo, Presidente de la Universidad de Washington, llama a este utilitarismo «utilitarismo sociológico», porque, sin perder de vista la aptitud personal, base de ese ardiente individualismo que caracteriza las instituciones americanas, la escuela americana considera el bien social como el último criterio a que ha de referirse en todas sus decisiones. Todas sus actividades tienden al mejoramiento de la sociedad, erigiéndose ella en el centro social por excelencia, de donde fluye y a donde converge todo el movimiento cultural de la comunidad.

Ojalá que esa profunda fe en la educación sobre la educación americana tengan alguna resonancia práctica en nuestra propia educación nacional.

Ojalá que esa profunda fe en la educación que caracteriza al pueblo americano, la descentralización de su sistema educativo, el espíritu de libertad y democracia que anima su educación, la continuidad de sus escuelas, la coeducación que tan eficientemente practican, la solución que han sabido

darle al problema religioso, el cultivo de la iniciativa personal, la disciplina amplia y liberal de sus escuelas, el espíritu de cooperación que en ella reina y sobre todo la función social de la escuela y el fin práctico que su educación persigue, inspiren sanas y provechosas reflexiones al magisterio nacional panameño.

Porque es una necesidad inaplazable que reclama nuestra misma existencia como nación, la de que ante la ola arrolladora de la civilización, ante los amplios panoramas de reconstrucción mundial que la Guerra europea acaba de descubrir, abandone nuestra educación sus atávicas tendencias; y que al ideal del «hombre de palabras», suceda el ideal del «hombre de acción». El

problema no es de «ratificación», sino de «rectificación» de nuestros valores culturales.

Y yo creo sinceramente, que esta rectificación de nuestros valores culturales sólo podríamos hacerla en los actuales momentos, inspirándonos en la filosofía educativa, enérgica, viril y pragmática, del gran pueblo americano. Yo invito al magisterio nacional a cooperar conmigo en esta noble y elevada misión. La lucha es horrenda los obstáculos son formidables; lo sé por experiencia; pero no importa; más bello y esplendoroso será el triunfo; nuestra será la gloria de ser los heraldos de una nueva era nacional.

Una Biografía Racional

FEDERICO CALVO

UN libro leíble es el mejor exponente de la capacidad de un escritor; allí quedan demostradas la profundidad de conocimientos, la coherencia de la ideación, la disciplina del método, la constancia del esfuerzo y la competencia expresiva.

Los libracos son el colmo de la desvergüenza, precisamente porque en ellos se exhiben al desnudo las fealdades de la incompetencia con el descaro de la presunción.

Por todas estas razones, los libros en su mayoría son buenos y atendibles, pues se necesita de un coileto a toda prueba y de una estulticia indomable para llevar a cabo una obra que a cada rato se derrumba ante la tenacidad de un idiota. Son rarísimas las veces en que los desperfectos de construcción se compensan para determinar un equilibrio.

Octavio Méndez Pereira acaba de realizar un esfuerzo sobresaliente y meritorio con su último libro sobre la personalidad del doctor Justo Arosemena.

Se trata de una biografía no de carácter netamente personal y elogioso, sino de la vida de un hombre público de relevantes méritos, en relación con un estado social.

De ahí que la lectura de la mencionada obra resulte interesante para cualquier lector, aún no siendo oriundo de Panamá o de Colombia.

A este propósito me atrevo a afirmar, que

las biografías de esta talla y de este alcance, son preciosas lecturas en donde el lector puede aprender con amenidad lo que la obra didáctica enseña con severidad fatigante.

Méndez Pereira nos pone al corriente de la evolución ideológica de un siglo y de la historia panameña en relación con Colombia, valiéndose de un estilo castizo y comedido y de una documentación variada y rica.

Al poner de relieve los méritos de Justo Arosemena, no cae en las vulgaridades del elogio ampuloso y detestable, ni pretende hacer del biografiado un fetiche, adorable para los conterráneos y ridículo para los extraños. Muy lejos de semejante amañeo hace destacar la personalidad de Arosemena con tonos suaves y pinceladas maestras convenciéndonos de que el gran panameño no fue uno de tantos, sino en verdad un hombre superior, muy digno de admiración y de respeto.

Realmente se distingue sobremanera de los políticos colombianos de aquella época maníacos impenitentes de la oratoria y adoradores de todos los fanatismos.

Arosemena, muy por el contrario, fue un verdadero positivista, y su inteligencia en vez de pervertirse con las lueubraciones de filosofía tradicional y de lingüística arbitraria, buscó saludables orientaciones, logrando adquirir una buena adaptación entre el «sentir» y el «obrar» y capacitándose